



**INSTITUTO LATINOAMERICANO DE ARTE, CULTURA
E HISTÓRIA (ILAACH)**

**ANTROPOLOGÍA: DIVERSIDAD CULTURAL
LATINOAMERICANA**

**CAMINANTES: APROXIMACIONES ETNOGRÁFICAS A PERSONAS EN
SITUACIÓN DE CALLE EN MONTEVIDEO**

Santiago Sebastián Salles Silva

Foz do Iguaçu

2016



**INSTITUTO LATINOAMERICANO DE ARTE, CULTURA
E HISTORIA (ILAACH)**

**ANTROPOLOGÍA: DIVERSIDAD CULTURAL
LATINOAMERICANA**

**CAMINANTES: APROXIMACIONES ETNOGRÁFICAS A PERSONAS EN
SITUACIÓN DE CALLE EN MONTEVIDEO**

Santiago Sebastián Salles Silva

Trabajo de Conclusión de Curso
presentado al Instituto
Latinoamericano de Arte, Cultura e
Historia de la Universidad Federal de
la Integración Latinoamericana, como
requisito parcial para la obtención del
título de Licenciado en Antropología.

Orientadora: Profa. Dra. Senilde Alcantara Guanaes

Foz do Iguaçu

2016

SANTIAGO SEBASTIÁN SALLES SILVA

CAMINANTES:

APROXIMACIONES ETNOGRÁFICAS A PERSONAS EN SITUACION DE CALLE
EN MONTEVIDEO

Trabajo de Conclusión de Curso
presentado al Instituto
Latinoamericano de Arte, Cultura e
Historia de la Universidad Federal de
la Integración Latinoamericana, como
requisito parcial para la obtención del
título de Licenciado en Antropología.

BANCA EXAMINADORA

Orientador: Prof. (Titulação) (Nome do orientador)
UNILA

Prof. (Titulação) (Nome do Professor)
(Sigla da Instituição)

Prof. (Titulação) (Nome do Professor)
(Sigla da Instituição)

Foz do Iguaçu, ____ de _____ de _____.

Dedico este trabajo a mi madre, Elena Silva, el Ser más Humano que pude conocer; quien, además de darme la vida y su apoyo incondicional siempre, me fomentó el respeto y el interés por todas las personas y sus diversos modos de vida.

... y a todos quienes viven o vivieron alguna vez en la calle

AGRADECIMENTOS

Agradezco todos mis profesores del curso de antropología por los invaluable conocimientos que me ayudaron a descubrir; en especial a la profesora Senilde Alcantara Guanaes, quien, además de brindar su apoyo y compromiso a todos los estudiantes durante toda la carrera, asumió la orientación de este trabajo con muy poco tiempo y con una disposición humana que ningún salario de docente puede pagar. Agradezco a los profesores Angela de Souza y Andrea Ciacchi por aceptar la invitación a participar de mi defensa a pesar de las limitaciones de tiempo que ambos tienen y por las orientaciones que me dieron durante toda la formación y por la confianza en mi capacidad académica. Agradezco también a la profesora Bárbara Arisi por su larguísima y contundentes charlas y reuniones, donde aprendí cuestiones fundamentales del mundo académico que me permitieron culminar esta etapa.

Agradezco tod@s mis compañeros y compañeras de mi curso y otros, con quienes no solamente hemos compartido discusiones y aulas formidables, sino que hemos atravesado varias de las circunstancias extra académicas que nos han convertido en cómplices y compañeros de vida y, sobre todo, en amigos.

Quiero agradecer especialmente a quienes de alguna manera u otra han tenido que ver en el trabajo de campo o en la redacción de este trabajo: a Agustín Tosar por brindarme, además de su amistad, la oportunidad de aproximarme a este universo que tanto me ha apasionado conocer; a Francesca Repetto por su interés y sus ánimos; a Magdalena Perdomo, por sus traducciones y energía; a mis compañeros de ambos refugios, quienes me recibieron de la mejor manera y me orientaron en este tramo; a Marcelo Rossal por sus charlas y cafés que contribuyeron a estructuración de este trabajo; a las cientos de personas que he conocido en este tiempo, quienes cotidianamente se esfuerzan por mejorar sus condiciones de vida y compartieron parte de su valioso tiempo para conversar conmigo.

Agradezco muy especialmente a mi familia por el apoyo incondicional durante todos estos años: a mi hermano, Mateo Silva, y a mi madre, Elena Silva, por su invaluable paciencia y compañerismo; y a María Leguizamón por el amor, el apoyo, la comprensión, las correcciones de texto y los impagables gestos de humanidad.

É por uma razão muito profunda, que se prende à própria natureza da disciplina e ao caráter distintivo de seu objeto, que o antropólogo necessita da experiência do campo. Para ele, ela não é nem um objetivo de sua profissão, nem um remate de sua cultura, nem uma aprendizagem técnica. Representa um momento crucial de sua educação, antes do qual ele poderá possuir conhecimentos descontínuos que jamais formarão um todo, e após o qual, somente, estes conhecimentos se “prenderão” num conjunto orgânico e adquirirão um sentido
LEVI-STRAUSS

SALLES, Santiago. **CAMINANTES: APROXIMACIONES ETNOGRÁFICAS A PERSONAS EN SITUACION DE CALLE EN MONTEVIDEO.** 2016. 89 pág. Trabajo de Conclusión de Curso (Graduación en Antropología) – Universidad Federal de Integración Latinoamericana, Foz do Iguaçu, 2016.

RESUMEN

Este trabajo tiene como objetivo la aproximación al *ensamble de la situación de calle* en la ciudad de Montevideo, con la intención de comprender las dinámicas, las concepciones y prácticas que atraviesan a los diferentes sujetos e instituciones que interaccionan en este universo. A través de la investigación antropológica, desde la metodología etnográfica, se recabaron narrativas de vida y experiencias de campo que configuran un complejo de prácticas y sentidos que son analizados desde las principales teorías que abordan la temática a nivel local y global. De entre sus principales resultados, esta investigación presenta una comprobación de varias falacias en relación a las personas en situación de calle que están, impregnadas históricamente en el sentido común, y presenta algunas características comunes que fueron observadas entre los diversos perfiles de las personas en esta situación. Por otro lado, los datos empíricos, señalan una contradicción con los principales enfoques contemporáneos, que presumen que estas poblaciones se mantienen en una desafiliación social y comprueba que estas personas se encuentran en un estado fluctuante de ingreso y salida del conjunto social.

Palabras clave: Situación de calle, Antropología urbana, Desafiliación social, Narrativas de vida, Montevideo

SALLES, Santiago. **CAMINANTES:** APROXIMACIONES ETNOGRÁFICAS A PERSONAS EN SITUACION DE CALLE EN MONTEVIDEO. 2016. 89 pág. Trabajo de Conclusión de Curso (Graduación en Antropología) – Universidad Federal de Integración Latinoamericana, Foz do Iguaçu, 2016.

ABSTRACT

This academic work aims to approach to the connection among the street situation in Montevideo city, and the intention of understand how the dynamics works, and which are the different conceptions and practices that cross to the different subjects and institutions that are interacting in this universe. Through an anthropological research and applying the ethnographic as methodology, it was possible to collect some life narratives and field experiences that make up a complex of practices and senses that had been analyzed from the main theories that approach the subject to local and global level. Among this first results, this research presents a checkup of several fallacies about the people who lives in the streets, people who are historically impregnated in the common sense, and who presents some common characteristics that were observed among the different profiles of the people in this situation. On the other hand, the empirical information point to a contradiction about the main contemporary approaches that presume these populations remain to a social disaffiliation, and verifies that these people are in a fluctuating state of entrance and exit of the social set.

Key words: Street situation, urban Anthropology, Social Disaffiliation, Life Narratives, Montevideo City

SUMÁRIO

INTRODUCCIÓN	9
1. SITUACIÓN DE CALLE EN MONTEVIDEO	13
1.1 EL FENÓMENO: NOCIONES HISTÓRICAS.....	13
1.2 EL FENOMENO AQUÍ Y AHORA.....	17
1.3 SITUACION DE CALLE COMO PROBLEMÁTICA ACADÉMICO-SOCIAL	20
1.4 PROGRAMA PASC	24
2. RECORRIDO METODOLÓGICO	27
2.1 INSERCION EN EL CAMPO	27
2.2 EL ESPACIO INSTITUCIONAL Y SUS LIMITACIONES.....	29
2.3 DEFINICION DEL UNIVERSO DE LA INVESTIGACIÓN: SALIENDO A LA CALLE	31
2.4 LOS SUJETOS.....	36
3. A TRAVÉS DEL CAMPO: YO EN LA SITUACIÓN	38
3.1 TRABAJAR EN UN REFUGIO	38
3.2 DENTRO DE UN REFUGIO (CONVIVIR EN ÉL, COMER EN ÉL, DORMIR EN ÉL).....	42
3.3 PUERTA DE ENTRADA.....	46
3.4 EN LA CALLE	49
4. TRAYECTORIAS DE VIDA: “A LA CALLE”	53
4.1 DIEGO	53
4.2 JULIO.....	56
4.3 SAÚL	58
4.4 ESTEBAN	60
4.5 MARIO	62
4.6 RICARDO	65
4.7 CARLOS.....	67
5. CAMINANTES: HISTORIA DE RECORRIDOS	70
5.1 LOS PRESUPUESTOS	70
5.2 LOS SUPUESTOS	74
5.3 LOS ESTOS	78
6. CONSIDERACIONES FINALES.....	82
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....	85

INTRODUCCIÓN

Históricamente han existido personas que atraviesan modos de vida fuera de los establecidos como “correctos” dentro de las sociedades occidentales. Una de estas circunstancias diferentes de vivir es lo que actualmente se denomina como situación de calle. Este término es de reciente adopción y viene a intentar definir las circunstancias en las que determinadas poblaciones organizan su existencia en el espacio público de las ciudades. Por diferentes causas este fenómeno ha sido cada vez más notorio en las urbes occidentales y se ha convertido en parte de la agenda pública, ocupando un lugar cada vez más relevante para los Estados de bienestar.

En el caso específico de Uruguay, desde el año 2005, luego de la creación del Ministerio de Desarrollo Social (MIDES), este fenómeno ha sido abordado desde diferentes disciplinas e instituciones que, en un principio, visaban la atención de lo que se consideraba una emergencia social y luego se propuso mejorar las circunstancias por las cuales se entendía que estas personas llegaban a la situación de calle.

Montevideo, a pesar de ser el departamento más pequeño territorialmente, es el centro político y económico del Uruguay y consecuentemente, concentra la mayor densidad de población, llegando a más del 50% del total de habitantes. Dentro de este contexto urbano se configuran varios fenómenos sociales que se intersectan y superponen en el mismo espacio. Uno de ellos es el de la situación de calle, siendo que la mayoría de las personas que se encuentran en esta situación pernoctan en esta ciudad.

Partiendo de esta realidad, esta investigación se plantea como objetivo una aproximación a la temática antes mencionada, desde una perspectiva antropológica, que recabe datos de tipo cualitativo sobre las experiencias de vida de las personas que atraviesan estas situaciones y que permita un análisis que conduzca a dilucidar los diferentes aspectos del *ensamble de la situación de calle* que se presentan en este contexto. En este sentido este trabajo se plantea conocer cuáles son las dinámicas de los diferentes sujetos, sus nociones y las prácticas que componen el universo de las personas en situación de calle y cómo se ensamblan los

diferentes actores dentro de este contexto.

Por un lado, parece importante la aproximación a estas realidades debido a que, por más que haya algunos trabajos referentes en la materia, al indagar acerca de la producción de la disciplina antropológica sobre el asunto, existe una escasa producción académica sobre las especificidades locales del fenómeno y sus implicancias en el contexto social.

En este sentido, siguiendo el planteo del antropólogo Paul Koegel (1988), se considera de fundamental importancia el enfoque antropológico para comprender estos fenómenos, ya que generalmente son observados y analizados desde perspectivas epidemiológicas, clínicas, económicas o sociales sin demasiado éxito en cuanto a la comprensión cualitativa. Este mismo autor señala que es necesaria la comprensión de las personas en situación de calle desde un punto de vista de la “dinámica de los sentidos”, ya que varían según su situación y la permanencia dentro de determinados programas. Este tipo de programas exige un respeto y sensibilidad con la persona para que su intervención reconozca lo que los cambios significan y no perjudique a las personas en su proceso (KOEDEL, 1988). Parece crucial, entonces, la aproximación a estas personas y dinámicas, para alcanzar una mejor comprensión de las concepciones émicas y cuáles son las concepciones que se transmiten al atendido por los programas y cuáles son los complejos de significados que han desarrollado en su modo de vida.

En cuanto a las motivaciones que atravesaron esta investigación y que son descritas a lo largo de todo el trabajo, en primer lugar mi situación de proximidad con el campo a través de la relación laboral con dos instituciones que gestionan los Centros Nocturnos que atienden a personas en situación de calle, me significó una oportunidad única de contacto con esta realidad, por lo cual sentí cierto compromiso disciplinario – con la antropología – que me empujó a interesarme por las características particulares de este universo. Por otro lado, luego de pasados unos días de relacionarme con las personas en este contexto, comencé a reconocer aspectos y trayectorias comunes entre mis interlocutores y yo – barrios, historias, hasta personas en común –, y esta identificación con el Otro fue fundamental para la empatía y el respeto en la relación que desarrollamos durante el resto de la

investigación. En este sentido, al encontrarme con personas que presentaban una proximidad tan notoria con mi propia experiencia de vida, me impulsó una necesidad de mejorar las condiciones de vida de quienes estaba reconociendo como pertenecientes a los mismos lugares de donde yo provengo y, en quienes, en muchas ocasiones, llegué a proyectar mi propia trayectoria de vida.

Para responder las interrogantes propuestas en este trabajo se planteó una investigación de tipo cualitativo que recogiera, a través del método etnográfico, por un lado, los principales relatos de las trayectorias de vida de las personas en situación de calle, y, por otra parte, las experiencias de vida del investigador dentro del campo. Las principales estrategias aplicadas durante los dos años de trabajo de campo fueron la observación participante, por medio de la cual se experimentaron algunas de las circunstancias específicas que son vividas cotidianamente en los diferentes espacios que habitan estas personas; y por otro lado se aplicaron entrevistas en profundidad, las cuales permitieron conocer las construcciones narrativas propias de los interlocutores, donde se visualizaron elementos que sirvieron para el posterior análisis y entrecruzamiento con la teoría específica.

El siguiente texto está organizado de forma que el lector pueda acompañar los recorridos que transitó la investigación, partiendo desde los aspectos más generales, como lo son las nociones históricas sobre quien vive en la calle, hasta las categorías específicas que se presentan en la manifestación del fenómeno a nivel local. En un segundo tramo se describe con detalles los recorridos metodológicos que fue atravesando la investigación con la intención de demostrar las posibles bifurcaciones que pueden tomar las investigaciones de este tipo y las formas en las que fueron resueltas. El tercer capítulo responde a una descripción densa de la experiencia del investigador en campo, dejando entrever la subjetividad del mismo y las implicaciones de la experiencia en las relaciones y el desarrollo de la investigación. Un cuarto capítulo está dedicado a los relatos de vida de las personas que se encuentran en situación de calle, siendo acotada la cantidad de narrativas presentadas debido a que la exposición de todas las entrevistas ocuparía un espacio muy amplio y no contribuiría demasiado al análisis de las mismas. Por ello fueron tomadas las narrativas de forma que queden representadas la mayoría de las

variables y sean expuestas, al menos, algunas de sus características. Un último tramo pretende discutir los conceptos preexistentes acerca del fenómeno con los datos recabados durante la investigación de forma de confrontar la teoría y la realidad para encontrar aciertos y diferencias entre ellas.

Por último, se ofrecen algunas consideraciones finales que, lejos de dar por acabado el asunto, abren cuestiones que son lanzadas como propuestas para futuros trabajos que se aproximen a las personas en situación de calle.

1. SITUACIÓN DE CALLE EN MONTEVIDEO

En este capítulo se realiza una contextualización del objeto de estudio y se delimita el campo en el que es abordada la situación de calle a partir de las principales referencias bibliográficas sobre el asunto. Se presentan datos generales sobre el fenómeno para que puedan ser mejor comprendidas las características específicas de la investigación y una pormenorización de las características de fenómeno en Montevideo.

Esta contextualización se organiza en tres partes. Primero se presentan las nociones históricas del sin hogar y las principales características de la situación de calle en Uruguay y, más específicamente, en la ciudad de Montevideo. Una segunda parte describe las principales discusiones académicas entorno al concepto situación de calle, el marco teórico y los desdoblamientos que los estos conceptos tienen en las políticas públicas que atienden a las personas en ésta situación. Por último, se describe el Programa de Atención a Personas en Situación de Calle (PASC), del Ministerio de Desarrollo Social del Uruguay (MIDES), para comprender y delimitar el entorno en el que es realizada parte de la experiencia de campo de la investigación, las características del sistema y los enfoques con los cuales se brinda el servicio a estas personas.

1.1 EL FENÓMENO: NOCIONES HISTÓRICAS

A lo largo de la historia de occidente la figura del indigente se aparta de las categorías pertenecientes al conjunto “deseado” de actores sociales. Esta figura ha sido nombrada de diferentes maneras en los más diversos contextos, pero remite siempre a un conjunto de características, un modo de vida particular que, o se ubica en los márgenes, o se incluye en un complejo social, pero con determinadas limitaciones en sus capacidades o pertenencia al conjunto social como un todo. En este sentido vemos como desde la Edad Media comienza a representarse una figura social que se aparta de los parámetros consensuados de las sociedades de la época y genera una nueva categoría en los márgenes de las mismas.

Existen registros y referencias a personas que viven en la calle (razón por la cual quedaban fuera de la cohesión social según los propios parámetros de las sociedades que los registran) desde finales de la Edad Media. Es en este periodo donde se configuraron nuevas formas de estructuración social a causa de la crisis del sistema feudal y se da lugar a la aparición de personas que asumen un estilo de vida peculiar (RODRIGUEZ GILES, 2011a, p. 152), a quienes se les ha nombrado de diversas maneras como: errantes, vagabundos, mendigos, indigentes, etc., pero en definitiva todas estas categorías refieren a personas que desarrollaron un modo de vida que se caracteriza por la falta o la abstención de recursos y medios para solventar necesidades básicas como las de vivienda, alimentación, abrigo; aunque, como principal característica, se encuentra el alejamiento de los modos de vida socialmente esperados de la época (RODRIGUEZ GILES, 2011b, p. 192).

Esta caracterización es apuntada por Robert Castel (1997), quien menciona que desde antes del año 1000 ya existían vagabundos, pero estos estaban fuera de las comunidades donde se concentraba la organización social. La amplia distribución de los centros de hábitat dejaba espacio para estas prácticas errantes, las cuales eran consideradas fuera del mundo de lo “domesticado”, donde habitaban “fuerzas mágicas y maléficas” (CASTEL, 1997, p. 34). Sin embargo, este mismo autor señala que si bien pertenecían al mundo de “fuera”, el vagabundo representaba un tipo particular de “ajeno”. Éste, habiendo pertenecido al orden social, se había convertido en un Otro, lo cual lo enmarca en una relación directa con el mundo estructurado, del cual “se lo arranca” (CASTEL, 1997, p. 34).

Según Castel, una de las primeras identificaciones del indigente en las sociedades pre-industriales es la realizada por Charles de La Roncière en el siglo XIV, quien expresa que el indigente es

aquel a quien le falta lo necesario para sobrevivir, que con sus propios recursos no puede alimentarse (en un mínimo vital), vestirse (con la mayor simplicidad) y albergarse (contar con un lugar para dormir en un alojamiento individual o colectivo) (DE LA RONCIÈRE *apud* CASTEL, 1997, p. 135)

Con el advenimiento de la modernidad liberal se generó una mayor

migración de campesinos hacia los nuevos centros urbanos, produciendo una alta densidad de población de las nuevas ciudades. Esto provocó, además de la reducción del espacio no “domesticado” antes mencionada, una falta de oportunidades de generación de recursos para solventar estas necesidades. Desde hace varios siglos se ha estudiado este tipo de fenómenos sociales, en la mayoría de los casos desde el punto de vista económico¹. Robert Castel contribuye a la ruptura de este tipo de perspectivas y nos señala la aparición de este sujeto como parte de un cambio en la “representación” de los mendigos o vagabundos. Estos términos se utilizaban hasta fines del S. XVII como definidores de poblaciones que estaban “fuera del régimen común”, incluyendo en este *apartheid simbólico* a quienes quedaban al margen de las definiciones corrientes de pobreza, pero por más que estas poblaciones fueran masivas, no eran percibidas como un fenómeno social normal, sino como situaciones atípicas (Robert Castel, 1997, p. 138). Es a partir de este momento cuando se considera al vagabundo como un peligro o un riesgo para la estabilidad de la sociedad integrada de la época.

Esto se confirma en las obras de la literatura clásica española. Según Rodríguez Giles el discurso negativo sobre los vagabundos aparece como un rasgo característico en el género de la novela picaresca, poniendo sobre aviso a los lectores acerca de este “personaje” que, al comenzar a circular por las comunidades de la época, manifiesta una contracultura que genera una alteración en el orden social (RODRÍGUEZ GILES, 2011a; 2011b). Esta misma autora afirma que, tanto en la novela *Guzmán de Alfarache*, escrita por Mateo Alemán, en el año 1599; como en *La vida del Buscón llamado Don Pablos*, de Francisco de Quevedo, publicada en el año 1626, queda claramente retratado el vagabundo y la peligrosidad que representaba en su época.

El género literario conocido en la literatura española como picaresco, tiene como personajes centrales a estos sujetos que, siendo jóvenes y sanos, ejercían varias actividades ilícitas y recurrían al fingimiento de deficiencias físicas para limosnear (RODRÍGUEZ GILES, 2011a; 2011b). Esto testimonia un modo de vida y

¹ Las notables apreciaciones realizadas por Marx y Engels sobre las vorágines sociales de su época ha sido un mojón en la historia del conocimiento y de las ciencias sociales, al que le han sucedido innumerables seguidores que han pretendido explicar diversos fenómenos sociales a partir de esta teoría materialista.

construye un estigma sobre las personas que practicaban la limosna. Estos sujetos que en épocas anteriores eran considerados como beneficiarios de “caridad” pasaron a ser objeto de sospechas de engaños y de prácticas delictivas. La moralidad cristiana promulgaba la caridad para quienes no disponían los recursos para trabajar e identificaba a la pobreza, incapacidad e inocencia como tres situaciones entrelazadas. Estas prácticas de engaño descritas en la literatura comenzaron a generar sospechas respecto a la veracidad de la falta de capacidad de trabajo de algunos sujetos, por lo que le presentaban conflictos a quienes vivían en esta moralidad cristiana (RODRIGUEZ GILES, 2011a; 2011b). Esta problemática en reconocer al verdadero “merecedor” de la caridad se dio a partir de la propagación de la pobreza urbana, la cual se diferenciaba de aquella que estaba fuera de los límites, en el espacio de lo no “domesticado”.

Dicha noción y representación del vagabundo continuó durante siglos tomando diversas formas, pero manteniendo esta función estigmatizante hacia determinado tipo de población y estilo de vida. En la versión que aparece en las sociedades modernas, la migración del campo a la ciudad y falta de empleo en las urbes provocó la reducción de las oportunidades para la obtención del sustento y por lo tanto esta figura puede verse en este contexto y la continuidad de las nociones que se asimilan históricamente a los vagabundos desde finales del Medioevo.

En la sociedad uruguaya, existen ejemplos de representaciones de esta figura del *otro* como es el caso de los *gauchos*. Desde antes de la creación del Estado uruguayo existieron estilos de vida errantes en el ámbito rural que eran vistos desde las concepciones urbanas como un problema. Los *gauchos*, criollos mestizos que deambulaban por el medio rural trabajando ocasionalmente y con pocas aproximaciones a las instituciones estatales, eran denominados por las elites blancas capitalinas como “salvajes”, a causa de su comportamiento esquivo a las normas jurídicas y les era atribuida esta característica debido a su supuesta “mezcla racial” con los indígenas (quienes representaban el polo opuesto a la “civilización”). Estos hombres – porque eran exclusivamente hombres – fueron considerados, desde la constitución del Estado uruguayo y los primeros gobiernos caracterizados por la influencia europea, como un enemigo interno, un Otro que entorpecía la instauración del Estado moderno que pretendían consolidar las elites urbanas de la época, y el cual

debía ser “civilizado”.

En cuanto a las nociones más cercanas en el tiempo, una de las representaciones más contemporáneas, específica de las personas que viven en la calle, y que tiene cierta vigencia hasta hoy, es el documental *Carlos: cine-retrato de un caminante* de Mario Handler, estrenado en el año 1965. En él se representa a un *linyera* – la versión moderna y rioplatense del vagabundo medieval –, quien es representado con todas las características que mencionábamos anteriormente. La película comienza con una sucesión de imágenes cargadas de urbanidad, de modernidad, donde se muestran autos, grandes edificios y estructuras que son símbolos de la modernización montevideana de la época. Mientras estas imágenes contextualizan al espectador, se superpone una leyenda que pretende explicar qué es un “caminante”:

los “caminantes” son personas que cada atardecer llegan a las estancias uruguayas, usan por una sola noche de la hospitalidad campera, y parten a la mañana siguiente, sin detenerse, trabajando ocasionalmente, siempre solos. Este es el retrato cinematográfico de uno de ellos, Carlos, de Colonia, en Montevideo desde hace varios años. Le agradecemos su colaboración, su bondad, su amistad. (HANDLER, 1965)

Vemos, desde el inicio mismo del documental, cómo la principal referencia a la que recurre Mario Handler para describir su personaje, lo ubica como un *ajeno* a la ciudad; utiliza la figura del “caminante”, quien es descrito como un personaje errante del campo uruguayo, solitario y que utiliza la hospitalidad característica del medio rural para pernoctar y solventarse otras necesidades básicas. El hecho de que Handler tome como punto de partida una figura rural para definir el personaje urbano al que retratará, evidencia lo novedoso e irruptivo de este fenómeno en el medio urbano y las concepciones que hasta el momento se tenían sobre este modo de vida. Carlos es un vagabundo, una persona fuera de los márgenes del orden social, lo cual reafirma el sentido de “ajeno” con el que cargan estas personas en la ciudad.

1.2 EL FENOMENO AQUÍ Y AHORA

Durante la primera mitad del siglo XX en Uruguay se vivían épocas de

bonanza económica, la política de sustitución de importaciones y la segunda guerra mundial favorecieron un crecimiento económico que propició la oferta laboral en las urbes uruguayas. A finales de la década del 50, la inestabilidad política y el fin de la guerra, produjeron un decaimiento económico y comenzaron a verse los problemas sociales. Surgen los *cantegriles* – forma eufemística de llamar a los asentamientos irregulares – que fueron aumentando por la falta de posibilidad de acceso a viviendas dignas y el aumento de la pobreza en Montevideo (ROEL, 2015, p. 15). En la década del 90 la aplicación de varias políticas neo-liberales generó una nueva explosión y propagación del fenómeno de falta de acceso a la vivienda (ROEL, 2015, p. 15), teniendo como una de sus consecuencias más directas el aumento en la población en calle.

Desde hace varias décadas la atención a personas en situación de calle era desempeñada casi que exclusivamente por organizaciones religiosas que ofrecían albergue durante las noches. En el año 1997 surge el Programa de Calle para personas mayores del Banco de Previsión Social (BPS), órgano público que se ocupa de las prestaciones sociales a los ciudadanos (subsidios, jubilaciones, pasividades, etc.) el que se encargaba específicamente de atender a la población de calle de edades avanzadas. Durante estos últimos años de la década del 90, la Intendencia Municipal de Montevideo se ocupó de casos puntuales y aislados que se presentaban y que tomaban notoriedad en los medios (BPS, 2013, p. 183). Las poblaciones que eran registradas hasta entonces se caracterizaban por ser mayoritariamente adultos mayores.

En el año 2000, desencadenado principalmente por el fallecimiento de dos personas en situación de calle por las bajas temperaturas, el gobierno municipal de Montevideo, convocando a organizaciones que ya estaban trabajando en la problemática, crea el Operativo Frío Polar. Esta medida se desarrollaba en los meses de mayo a setiembre y tenía como objetivo ofrecer cobijo y alimento a las personas que se encontraban en situación de calle durante el invierno.

En el año 2002 toma relevancia una nueva droga en el mercado, Pasta Base de Cocaína, la cual penetró notoriamente entre adolescentes y jóvenes con una gran popularidad entre poblaciones de bajos recursos (FRAIMAN; ROSSAL,

2009, p. 175). Hasta ese momento la marihuana y el alcohol eran las drogas más consumidas por estas personas, pero, debido a la crisis económica del año 2001, la Pasta Base de Cocaína se convierte en una opción barata. Esta droga se caracteriza por generar rápidamente deterioros biopsicosociales a los consumidores y el perfil etario de éstos se encuentra entorno a los 23 años de edad (FRAIMAN; ROSSAL, 2009). Esto cambió significativamente el perfil de las personas en situación de calle, tomando mayor relevancia cuantitativa las personas que quedaban en calle por el consumo problemático de Pasta Base de Cocaína.

En el año 2005 se crea el MIDES, quien toma la responsabilidad y gestión de los refugios nocturnos de forma anual, pasando así a la órbita del Estado. Con la creación del Programa de Atención a los Sin Techo (el que luego cambiaría su nombre a Programa de Atención a Personas en Situación de Calle - PASC), se establece como objetivo la intervención asistencial para apalear las necesidades de techo, comida y abrigo, objetivos que fueron ampliándose con el tiempo a la “identificación de `rutas de salida de la situación de calle” (BPS, 2013, p. 184).

Si bien el fenómeno no es nuevo, en los últimos años ha cobrado relevancia para la opinión pública, así como para las instituciones que atienden estas personas, principalmente por el aumento de la población en esta situación. En comparación con los datos del relevamiento del año 2011 (MIDES, 2016, p. 15), se observa un 52% de aumento de la población total en situación de calle; siendo un dato relevante el crecimiento mayoritario de entre quienes utilizan el servicio de Centros Nocturnos del MIDES (59,4%).

Según datos recientemente recabados en el Censo de Población en Situación de Calle, realizado el martes 21 de junio del 2016 por el Ministerio de Desarrollo Social del Uruguay – MIDES –, se relevaron 556 personas pernoctando en la calle entre las 00:00 y 06:00 am (MIDES, 2016, p. 14). A este dato se le suma las personas que pernoctaron en los Centros Nocturnos del PASC: se ocuparon 1095 cupos esa noche. En total se relevaron en la ciudad de Montevideo, unas 1651 personas que se encuentran en situación de calle. Las zonas donde se concentran la mayor parte de personas pernoctando en calle son las áreas céntricas de la ciudad donde se concentra una alta actividad comercial y zonas de gran cantidad de flujo de

personas y tránsito. Los barrios Centro, Ciudad Vieja, Cordón, Aguada, son los que presentan mayor número de personas en esta situación.

Otro dato relevante es la distribución por sexo y por edades. En cuanto a la distribución sexual, se observa una notoria presencia de hombres. El 94% de quienes duermen a la intemperie y el 83% de quienes duermen en los Centros Nocturnos son hombres. En lo que refiere a la distribución de edad, se observa promedio de edad menor entre quienes pernoctan en la calle que quienes duermen en los refugios. El promedio de edad de quienes están en calle es de 38 años, mientras que quienes duermen en los refugios es de 47 años (MIDES, 2016, p. 16).

En este sentido, estos datos oficiales del MIDES nos definen una población mayoritariamente masculina, de entre 30 y 50 años, y concentrada principalmente en los refugios y con una alta densidad en las zonas céntricas de la ciudad.

1.3 SITUACION DE CALLE COMO PROBLEMÁTICA ACADÉMICO-SOCIAL

Desde el punto de vista académico existe una discusión respecto a la conceptualización de las personas en situación de calle. En la bibliografía especializada en la temática encontramos varias formas de referirse y de conceptualizar a estas personas, las más comunes son homeless, sin techo, sin hogar, etc. Para Ciapessoni (2009), esta discusión se ha basado en una serie de características que generan ciertas complicaciones a la hora de la atención a estas personas por parte del Estado.

Esta autora, en un trabajo más reciente (2014), evidencia el vacío teórico desde principio del siglo XX en cuanto a caracterización de esta población, ya que en estos primeros estudios se suponía una población homogénea. Desde la década del 80 se han realizado estudios que buscaron delimitar la población, identificar factores de ingreso a la situación, características demográficas de las personas, evaluación de intervenciones de las instituciones, el estudio del uso de espacios públicos de estas personas y, por último, las trayectorias dentro y fuera de

la situación de calle (CIAPESSONI, 2014).

El enfoque que predominó hasta estos últimos años ha sido el de caracterizar a la población en situación de calle con factores demográficos y, por consiguiente, responsabilizando a la persona de tal situación, asociando la condición a factores psiquiátricos, al consumo problemático de drogas o actividades delictivas. En estos trabajos se describe una cronicidad asociada a la idea de espiral descendente que culminaría en la aceptación y adaptación de la situación de calle como un modo de vida (CIAPESSONI, 2014). En este sentido, esta misma autora, propone una crítica a este modelo clásico de abordaje de espiral descendente, ya que existe evidencia empírica de que no todas las personas que atraviesan esta experiencia finalizan en una cronicidad; subraya que este enfoque enfatiza en un único tipo de trayectoria a la situación de calle y es asociado a la cultura marginal y, por último, que esta idea de descenso es utilizada por funcionarios que trabajan con esta población para justificar sus intereses y motivos.

En cuanto a los enfoques más recientes, Ciapessoni (2014) plantea que existe evidencia de que la situación de calle no es crónica en la mayoría de las personas que atraviesan esta circunstancia y que depende más de factores económicos y sociales que se combinan con el carácter individual de las personas. Se subraya que estos enfoques comprenden la pluricausalidad y consideran los factores macro y su incidencia en las personas con vulnerabilidades individuales, lo que explica la mayor presencia de personas con problemas personales en esta situación.

En este sentido Ciapessoni distingue cuatro tipos de factores y riesgos que inciden en el camino a la situación de calle: los de nivel estructural (ingresos, posición socioeconómica, dinámicas de mercado de vivienda) y el disparador es la imposibilidad de solventar la vivienda; los de nivel institucional (salud, seguridad o cuidado) y el disparador sería la falta de apoyo a la salida de la institución. En otro nivel están los riesgos de contexto familiar (padres abusivos, rupturas de pareja) y el disparador sería el abandono del hogar; y los de nivel individual (salud mental, bajos niveles educativos, consumo problemático de drogas) siendo el disparador la falta de vínculo (CIAPESSONI, 2009, 2014).

En cuanto a los antecedentes locales de estudios de personas en situación de calle se encontraron abordajes desde varias disciplinas como la psicología, sociología, economía y antropología. Entre ellos existen diversidad de enfoques y objetos, pero todos contribuyen al entendimiento de varias contextualidades de la situación de calle.

Trabajos como los de Ciapessoni (2006, 2007, 2009, 2013, 2014), han contribuido para la comprensión de los diversos factores de riesgo y desencadenantes presentes en las trayectorias de las personas en situación de calle, así como una contribución importantísima en lo que respecta a los conceptos con los que se trabaja este fenómeno y las implicaciones en las políticas públicas.

En los trabajos de Davyt y Rial (2005), encontramos una primera aproximación antropológica al universo de la situación de calle en Uruguay, mientras que, en los posteriores trabajos de Rial, Rodríguez y Vomero (2007), se profundiza en la temática describiendo las características y contextos cotidianos de jóvenes que viven en calle y esbozos de explicaciones a las observaciones en cuanto al género y edades.

Las investigaciones de Fraiman y Rossal (2009, 2011) nos acercan a la experiencia cotidiana y a la convivencia dentro de la población que se encuentra en situación de calle y aportan características del orden de lo corporal para comprender las estrategias de sobrevivencia y los modos de vida. Un aspecto fundamental de la contribución de estos antropólogos es lo que refiere a la no *etnologización* de las personas que viven en la calle, tomando especial cuidado de no considerar de antemano la existencia de una “cultura radical”.

La Facultad de Psicología de la UDELAR publicó en el año 2013 un informe del proyecto de investigación *Sistematización y construcción de estrategias y herramientas para la inclusión social de personas en situación de calle*, a cargo de Jorge Chavez, donde se aporta el estudio desde una perspectiva sociotécnica del PASC, tomando conceptos como el actor-red (Latour, 2008) para comprender las dimensiones híbridas (humano y no-humano) en las ejecuciones de las políticas públicas en relación con esta población.

Todas estas investigaciones convergen en que las características del fenómeno son la heterogeneidad, la pluricausalidad y la vinculación entre factores de riesgo estructurales e individuales y circunstancias biográficas específicas, pero muy diversas. Tal como fue descrito, en la bibliografía no se encuentra una única conceptualización del fenómeno, sino que se puede encontrar denominado de diferentes formas y que refieren a la falta de vivienda, en el sentido más estricto, o a la falta de vínculos y oportunidades, desde una perspectiva más amplia. En este sentido podemos comprender a la situación de calle como un fenómeno pluricausal, circunstancial, que no responde exclusivamente a lo individual o estructural del sujeto, sino que es una combinación de ambas dimensiones que desembocan en la situación (transitoria o no) de no tener otra opción que “vivir” en la calle.

Desde el punto de vista institucional, en el pliego de la última licitación llamando a Organizaciones de la Sociedad Civil (ONG`s y Cooperativas de trabajo), para la gestión de los centros nocturnos², se entiende que

son “personas en situación de calle”, aquellas que no pueden acceder a una residencia regular y se encuentran viviendo a la intemperie. Esta situación es comprendida como expresión de la vulneración de derechos de estas personas y familias, situación que se asocia a la pobreza extrema, a la exclusión residencial y/o a la falta de protección social para hacer frente a acontecimientos o trayectorias problemáticas en la vida de las personas: interrupción de lazos familiares, violencia doméstica, consumo de sustancias psicoactivas, trastornos psiquiátricos, deterioro de vínculos, etc. Esa situación remite a un problema complejo y multicausal, que pone en relación elementos estructurales y biográficos, en el que se correlacionan la vulneración de derechos y situaciones de desamparo y vulnerabilidad social, y que deriva generalmente en el debilitamiento de los vínculos de las personas con las redes de apoyo primarias y comunitarias, así como con los servicios públicos universales (MIDES, 2016, p. 3)

Son bastante cercanas las características que, tanto los autores como las instituciones, incluyen en sus descripciones y a partir de las cuales se realizan estudios académicos y proponen políticas públicas para atender la realidad de estas personas. Por otro lado, como señala Ciapessoni (2009), existe una dificultad de encontrar estrategias para las intervenciones que sean efectivas debido, en parte, a la heterogeneidad de trayectorias, de perfiles y de circunstancias presentes en la

² Estos pliegos han ido cambiando durante los sucesivos periodos ajustando su abordaje a las conceptualizaciones que fueron surgiendo en esta última década.

población a la que se apunta. En este sentido también la poca claridad en la definición del tema y la difusa conceptualización genera una constante necesidad de actualización de los dispositivos del Estado.

1.4 PROGRAMA PASC

Según la propia descripción del Programa de Atención a Personas en Situación de Calle, el PASC es

es un dispositivo de inclusión social dirigido a personas en situación de calle, mayores de 18 años radicados en zonas urbanas, cuyo cometido es desarrollar acciones tendientes a la restitución de derechos vulnerados. (MIDES, 2016, p. 5)

Dentro de sus objetivos específicos se encuentran:

reducir el tiempo de permanencia en calle; mejorar la estabilidad de los ingresos de la población; mejorar el acceso a los servicios de salud; fortalecer las redes sociales de las personas; promover la generación de nuevas redes; promover el desarrollo de habilidades sociales a través de la participación de las personas en diferentes propuestas culturales y actividades de capacitación, integración y recreación, orientadas al conocimiento y ejercicio de derechos; promover la autonomía de la población atendida; facilitar el acceso a las prestaciones sociales (pensiones, jubilaciones, transferencias, documentación). (MIDES, 2016, p. 8)

El programa plantea dos modalidades de atención que dependen de las posibilidades de autonomía de las personas que atiende. Los centros nocturnos están diferenciados entre nivel 1 y nivel 2, según “las trayectorias particulares que han atravesado los usuarios y su situación actual” (MIDES, 2016, p. 5). Esta primera evaluación pretende discriminar los diversos perfiles en función de la “capacidad” de integración a los centros como espacio de convivencia colectivo y las capacidades para atravesar un proceso de “inclusión”, basado en la autonomía, para que pueda egresar del programa. Estos centros funcionarán todos los días del año, de lunes a viernes de 18 a 9 hs y los domingos se mantienen abiertos las 24 hs.

En los centros nivel 1 el programa se plantea atender a las personas en cuanto a la obtención de la documentación básica para comenzar un proceso de

inserción en diversas redes de trabajo, salud, sociales, etc. También se propone contemplar los casos de uso problemático de sustancias, coordinando con profesionales e instituciones de salud y acompañando a los usuarios en los tratamientos de las diferentes afecciones física y/o mentales que puedan padecer.

En los centros nivel 2 a los equipos les compete el acompañamiento y seguimiento de los procesos personales, orientando a los usuarios a la consolidación de un proyecto individual, en función de una mayor autonomía y sostenimiento de condiciones de vida para un futuro egreso. Se plantea como estrategia la búsqueda de espacios de capacitación que mejoren las oportunidades de inclusión a través del trabajo.

Existen este tipo de centros nocturnos en Montevideo, Canelones, San José, Maldonado y Paysandú, pero su gran mayoría están localizados en Montevideo debido a la densidad de la población que atiende en este departamento.

Otra modalidad de atención son los Centros Medio Camino. Estos son centros abiertos las 24 horas,

“dirigidos a hombres y mujeres que cuentan con un mayor capital social lo que facilita la integración social y que tienen por propósito fortalecer las capacidades de las personas y generar mayores grados de autonomía” (MIDES, 2016, p. 7).

Su población es mixta y generalmente está compuesta por personas que ya atravesaron los anteriores niveles del programa.

El objetivo de estos centros, en sus diferentes modalidades, es que las personas logren, a través de la autogestión, la inserción en diferentes ámbitos de la sociedad. Se busca que los equipos de trabajo orienten a los usuarios a través de talleres para fortalecer sus capacidades en estos ámbitos. Para ingresar en estos centros es necesario contar con una inserción laboral con ingreso estable, suficiente para costear la alimentación y los gastos requeridos para vivir en el centro, ya que esta modalidad solamente brinda vivienda y no otras prestaciones.

Existen diversas formas de ingreso al programa. Una de ellas es Puerta de Entrada, oficina que encarga del diagnóstico primario de la situación de la persona y la derivación al centro que resulte más adecuado (tanto dispositivos contemplados por la división, como alternativos). Esta oficina funciona todos los días en el horario de 10 a 22 hs.

Otra forma de ingreso al programa es a través del Equipo Móvil. Este equipo se compone de personal técnico que recorren las calles de 9 a 00 horas (extendiéndose hasta las 2 AM en invierno) con el objetivo de desarrollar procesos de acompañamiento psicosocial a personas que despliegan sus estrategias de vida en la calle. A partir de las 22 horas cumple la función de Puerta de Entrada.

Existe también una línea gratuita que recibe llamados de los ciudadanos que dan aviso de personas en situación de calle, siendo el Equipo Técnico Móvil quien acude a los llamados que la ciudadanía hace llegar.

2. RECORRIDO METODOLÓGICO

En este capítulo se describe la trayectoria metodológica que tuvo la investigación. En una primera parte se describe la llegada al campo y la forma de inserción. Al deberse a una mediación institucional, desde mi relación laboral con una ONG y luego en una Cooperativa de Trabajo, se realiza una descripción institucional, para contextualizar el tipo y la naturaleza de la relación generada en un comienzo.

En la segunda parte se describen los cotidianos del trabajo de campo, cómo, a través de la tarea diaria en el refugio, fue estableciéndose un encuentro con el *otro*. Con esto se pretende explicar el universo de la investigación y el porqué de la metodología adoptada.

Por último, se describe la estructura metodológica adoptada y algunos aspectos éticos que están implícitos en esta elección. Estos apuntes son importantes reflexiones que pretendieron colaborar en la relación entre investigador y esta población en particular, de manera de aproximar el vínculo al campo intersubjetivo.

2.1 INSERCIÓN EN EL CAMPO

En diciembre de 2014, a días de mi regreso a la ciudad de Montevideo – donde volví a residir para realizar este trabajo de campo –, recibí la llamada de un ex-compañero del curso de antropología, Agustín, quien me preguntó si estaba dispuesto a trabajar en un refugio para personas en situación de calle ya que él estaba dejando de trabajar en uno y, como sabía que yo podría tener la necesidad de trabajar y la capacidad para la tarea, le propuso a la coordinadora mi nombre. Mi respuesta fue positiva y se debió más que nada a mi necesidad laboral de ese momento. A partir de esta situación tomé la decisión de convertir esta oportunidad de conocer parte del universo de las personas en situación de calle y definí este universo como la temática para mi TCC.

Mi contacto con estas personas fue a partir de mi contratación por parte de una ONG que gestiona varios de estos centros nocturnos. Fui contratado

como Educador Social, por lo cual consideré que tenía una posibilidad de acompañar los procesos de estas personas desde cerca: observar y compartir un buen tramo de sus días, lo que me permitiría aproximarme al universo que pretendía estudiar.

Visualizando esta oportunidad única de aproximación, consideré la aplicación de diferentes estrategias del método etnográfico. Las técnicas clásicas como la observación participante y la entrevista en profundidad surgieron como opciones de trabajo en esta dimensión del campo planteado hasta el momento. Durante los primeros meses tomaría esta experiencia como un trabajo de campo exploratorio que permitió un reconocimiento de las características principales de la población y comencé a vivenciar las particularidades de esta población y su entorno.

En una primera instancia busqué una aproximación a través del acompañamiento diario, tanto dentro del Centro Nocturno como fuera de él, ya que muchas veces acompañé a algunas personas a realizarse seguimientos médicos y simplemente me las encontraba en la calle. Busqué la participación en espacios de reunión cotidianos dentro de este Centro, donde se propiciaron conversaciones informales y realicé observaciones que permitieron obtener información concreta sobre la dinámica cotidiana de los sujetos. Otra instancia de recolección de datos serían las entrevistas en profundidad con los usuarios que decidieran colaborar en la investigación, permitiéndome recolectar sus narrativas sobre las trayectorias de vida, así como la aproximación al sentido que le atribuyen a su situación y a sus prácticas.

Desde el momento inicial, la coordinadora del Centro Nocturno de la calle Paysandú, al saber de mi intención de integrar esta oportunidad laboral y mi investigación, se mostró incómoda; no desaprobó la idea explícitamente, pero no facilitó las instancias para que yo pudiera sentirme cómodo con la idea de realizar mi campo allí. Además de esto, no sería posible concretar un vínculo distendido y sincero debido a que el espacio de encuentro con la población estaba sesgado por una relación jerárquica y limitado solamente al espacio institucional, lo cual podría limitar un conocimiento más amplio a través de la observación de otros contextos que hacen parte de la experiencia de vida de las personas estudiadas.

Asimismo, el acompañamiento cotidiano dentro de los refugios, lejos

de ser una limitación o una pérdida de tiempo, me permitió conocer una realidad específica y parte fundamental de las experiencias de vida de la mayoría de las personas que se encuentran o se encontraron en situación de calle. A partir de la (con)vivencia en este lugar, pude conocer realidades y entablar relaciones que me ampliaron los contextos donde se continuaría la investigación.

Esto fue llevado a cabo prestando atención a las técnicas clásicas como lo es la observación participante y en la experiencia de campo documentada en las notas y diario de campo, lo que permitiría una aproximación al sistema de símbolos existente (GEERTZ, 1989).

La reflexión acerca de la metodología adecuada para el desarrollo de la investigación me llevó a redefinir las estrategias luego de los primeros meses de acercamiento a la realidad de este universo y tras comprender las limitaciones que existen dentro del espacio institucional del refugio.

2.2 EL ESPACIO INSTITUCIONAL Y SUS LIMITACIONES

En primer lugar, encontré que no había una buena disposición por parte de la coordinación del refugio de Paysandú, por lo cual me mantuve realizando mi tarea normalmente sin realizar entrevistas en profundidad más allá de las que correspondían a mi función en el refugio. Al comenzar a trabajar en el refugio de la calle Durazno, la disposición de este otro equipo fue positiva, por lo cual pude plantear abiertamente mi intención de realizar mi trabajo etnográfico con personas en situación de calle. En este lugar encontré apoyo en cuanto al desarrollo del trabajo, pero fui advertido de no generar vínculos muy fuertes con las personas porque que esto podría afectar mi desempeño como educador al interferir las afinidades particulares que se podrían desarrollar durante las entrevistas en las decisiones cotidianas que mi tarea implicaba. Comprendí la advertencia y respeté el espacio institucional como fue solicitado.

Por otra parte, desde el punto de vista institucional, se pretende que exista una confidencialidad de los datos que los usuarios brindan al PASC y es por

ello que no se utilizaron los datos generados por el equipo técnico de ninguno de los dos refugios donde trabajé, los cuales están registrados en las fichas personales, ni se utilizó ninguna de las entrevistas realizadas por mí en el desarrollo de mi trabajo. Asimismo, las conversaciones informales en el ámbito del cotidiano en el refugio, si han sido consideradas como medio para comprender aspectos comunes de las personas en situación de calle y las dinámicas cotidianas fuera del refugio. Con el correr de los meses estas charlas me ampliaron las redes por las que podría transitar dentro del universo de “la calle”. Fue así como, a través de personas que conocí en el refugio, tuve acceso a otras personas que se encontraban en situación de calle pero no frecuentaban los refugios. Estas conversaciones informales iniciales me permitieron reconocer “informantes clave” para aplicar la técnica etnográfica conocida como “bola de nieve” y recorrer las trayectorias dentro de las redes sociales del grupo. Y fue a partir de estas trayectorias que conseguí ubicar a las personas con quienes realizar las entrevistas en profundidad que permitieron recolectar narrativas sobre trayectorias de vida, así como la aproximación al sentido de sus prácticas.

Otra de las limitaciones que encontré dentro de espacio institucional fue mi rol como educador. Entre las atribuciones que tiene mi cargo está la de sancionar a quien no respete las normas de convivencia internas al refugio, por lo cual comprendí desde el primer momento que esto no sería conveniente para generar vínculos sinceros y de confianza que me condujeran a un mejor conocimiento de las realidades de las personas. Representaba una autoridad y ejercía el poder de la institución para muchos de ellos y esto, tal como se describe en la bibliografía etnográfica, es un elemento que no contribuye al vínculo de horizontalidad entre investigador y el grupo estudiado.

En este sentido, mi tarea dentro del refugio también me reducía la cantidad de tiempo que le podía dedicar a cada persona y estaba siempre sujeta a los imprevistos que pudieran surgir durante la jornada. Esto no me permitía entablar conversaciones muy largas e ininterrumpidas, por lo cual tampoco era una ventaja para realizar las entrevistas en profundidad.

Partiendo de la intención de realizar conversaciones informales y entrevistas en profundidad que permitieran alcanzar un desarrollo detallado de las

narrativas de vida, y en vista de la imposibilidad de lograrlo dentro de estos espacios, decidí que el entorno institucional no sería adecuado para la realización de las entrevistas o los encuentros más extensos.

2.3 DEFINICION DEL UNIVERSO DE LA INVESTIGACIÓN: SALIENDO A LA CALLE

Para responder a la interrogante planteada en mi proyecto de investigación, entonces, se propuso una metodología de tipo cualitativa, donde se entendió necesaria la producción de tres tipos de datos: registros visuales y audiovisuales que describan las formas específicas de los contextos y aporten informaciones en otro orden cognitivo; experiencias de orden sensorial dentro de los espacios y dinámicas sociales de la población estudiada y la recolección de narrativas de vida que me acercaran a la comprensión de los contextos y los sentidos émicos de estas experiencias de vivir en la calle.

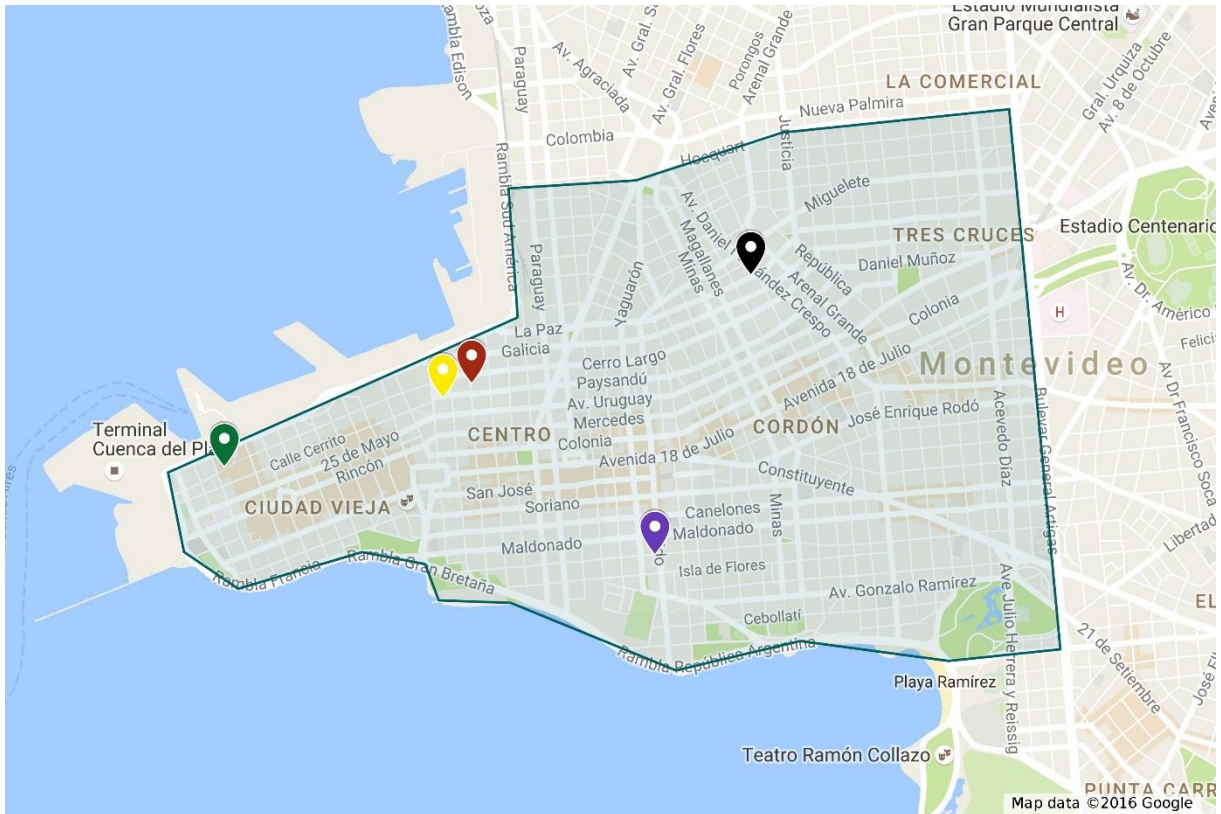
Para alcanzar la producción de estos datos se planteó la combinación de las siguientes estrategias del método etnográfico: observación participante, como medio de adentrarse en la experiencia sensorial del cotidiano; la práctica fotográfica exhaustiva durante toda la investigación para el registro visual y audiovisual de las condiciones materiales y prácticas de las personas; encuentros informales y entrevistas semi-estructuradas con individuos, enfocadas en la captación del sentido propio de su situación.

Como primer recorte metodológico se estableció una zona geográfica donde se llevarían a cabo los encuentros y la observación participante. Tomando los datos del último censo de personas en situación de calle del que se disponía en ese momento (MIDES 2011) delimité mi área geográfica en los barrios Centro, Cordón y Ciudad Vieja. En estas zonas están comprendidas las varias instituciones que brindan algún tipo de apoyo a esta población y, debido a esto y a la oportunidad de obtención de recursos, es donde se concentran la mayoría de las personas en situación de calle.



Mapa de área de trabajo de campo

Otro dato importante que contribuyó a la delimitación territorial, responde a mi propia trayectoria dentro de la ciudad. Durante los dos años de trabajo de campo me mudé dos veces de barrio. En junio de 2015 realicé mi mudanza desde la periferia de la ciudad hacia el barrio Cordón, junto a mi madre y hermano; en el mes de julio del 2016 nos mudamos, junto a mi pareja, al barrio Centro. Tal como es descrito en una de las obras clásicas de estudios de poblaciones urbanas, como *La sociedad de las esquinas*, de William Whyte (1971), esta relocalización hacia adentro del espacio de la investigación me permitió vivenciar el campo directa y cotidianamente y comprender mejor las dinámicas de la población. Los encuentros casuales al salir a hacer compras, paseos y otras salidas, fueron innumerables, y me permitieron acercarme a los contextos diurnos de muchos de las personas que fueron entrevistadas.



Mapa lugares de referencia

Como segundo recorte se definió que se realizaría la observación solamente con hombres mayores de edad. Esto se justifica por la proximidad que tenía con esta población en específico debido a mi trabajo y por lo que Virginia Rial (2011) señala como un proceso de «masculinización» y «rejuvenecimiento» de la población que vive en la calle» (RIAL 2011, p. 16). Estos datos previos definieron la importancia de determinar el universo en lo masculino y adulto. Cabe aclarar en este punto que existen estudios sobre personas en situación de calle desde una perspectiva de género, como el de Fiorella Ciapessoni (2014), que abordan esta dimensión del fenómeno y consideran las características específicas de estas mujeres en situación de calle. Este trabajo pretendió reducir al máximo la complejidad de la población a estudiar, por lo cual tomé la decisión de recortar el universo a lo masculino por lo antes expuesto.

Son muchos los trabajos que hacen parte de la denominada antropología urbana. Desde principios del siglo XX, con la escuela de Chicago, se han realizado trabajos etnográficos que transitan por diferentes espacios urbanos y observan detalladamente las interacciones sociales que se desarrollan en estos

espacios. Gilberto Velho nos presenta un recorrido a través de estos enfoques y resalta que uno de los ejes de la antropología urbana ha sido el estudio de los tránsitos físico y psicosocial de los individuos, donde se encuentra explícito el fuerte dinamismo de la vida urbana (VELHO 2009, p. 14). Considerando que es en este dinamismo característico del contexto urbano donde los antropólogos deben estar atentos al tránsito entre universos simbólicos y culturales (*idem*), este trabajo se propuso prestar especial atención a los recorridos entre los universos simbólicos que experimentaron las personas que se encontraban en situación de calle.

Para ello se planteó como recorte metodológico específico la recolección de narrativas de vida. A partir del abordaje del discurso de estas personas se pretendió recoger perspectivas émicas sobre las trayectorias de vida y los sucesos que, según sus relatos, son desencadenantes de su actual situación. En este aspecto se prestó especial cuidado en no reproducir algunas nociones que están presente en el sentido común y prestar atención en las dimensiones complejas del fenómeno y las personas. Wacquant plantea este punto cuando advierte que

debemos ocuparnos de desarrollar imágenes más complejas y diferenciadas de los «condenados de la ciudad» si pretendemos comprender correctamente su situación y elucidar su destino colectivo en los diferentes contextos nacionales (WACQUANT, 2007: 14)

Las entrevistas semi-estructuradas y los encuentros, pretendieron abarcar un amplio espectro temporal, en busca de observar aspectos estructurales de la existencia de las personas; pasando por el acontecimiento referenciado que lo coloca en situación de calle; atravesando actuales configuraciones en las que la persona se autoinscribe; comprendiendo las percepciones del PASC y las proyecciones de futuro que las personas narran. Para ello fue diseñada una serie de tópicos a tratar durante los encuentros, los cuales no necesariamente fueron surgiendo en el orden cronológico, sino que fueron dándose las narraciones según iban surgiendo, ni fue una obligación ser discutidos en todas las instancias.

Como guía de aspectos relevantes a tratar a la hora del encuentro se consideraron y promovieron conversaciones acerca de: el contexto del que proviene; sucesos que lo llevan a la calle (acontecimientos míticos); estrategias de vida que

aplican para el día a día; redes actuales de socialización; percepción del PASC; y las perspectivas de futuro, sueños y objetivos de los interlocutores.

En este sentido, se consideró que la empatía entre investigador y población estudiada era fundamental para alcanzar un vínculo de privilegio, por ello la duración del trabajo de campo debería ser extensa (llegando a ser de 22 meses) y con una proximidad que permitiera un nivel de confianza que diera como resultado una mejor comprensión del *otro*. Esta decisión metodológica fue crucial para el desarrollo del resto de la investigación y responde a la perspectiva etnográfica que Bourgois presenta de esta manera:

Las técnicas etnográficas de observación participante, desarrolladas sobre todo por la antropología social desde los años 1920, han demostrado ser más adecuadas que las metodologías cuantitativas para documentar la vida de los individuos marginados por una sociedad hostil. Solamente tras establecer lazos de confianza, proceso que requiere mucho tiempo, es posible hacer preguntas incisivas con respecto a temas personales y esperar respuestas serias y reflexivas. Por lo general, los etnógrafos viven en las comunidades que estudian y cultivan vínculos estrechos de larga duración con las personas que describen. Para reunir "datos precisos", los etnógrafos violan los cánones de la investigación positivista. Nos involucramos de manera íntima con las personas que estudiamos. (Bourgois, 2010, p. 43).

La elección de las trayectorias de vida como fuente de datos principal para comprender este grupo en particular, se enfoca en la construcción de una historicidad propia, la manera en que los sujetos hacen la selección de acontecimientos individuales para construir su narrativa. En este sentido se busca comprender el acontecimiento dentro de las propias construcciones narrativas que los sujetos discursan para entender, en su propio relato y con sus propios lenguajes, cuáles son las representaciones míticas de sí mismos y que emergen de su propio sistema cultural. Esto está fundamentado en la siguiente frase de Marshall Sahlins:

Un acontecimiento no es sólo un suceso del mundo, es una relación entre cierto suceso y un sistema simbólico dado. Y aunque como suceso un acontecimiento tenga sus propiedades específicas y sus razones «objetivas» originadas en otros sistemas, no son estas propiedades como tales las que le dan vigencia sino su significación proyectada desde algún sistema cultural. El acontecimiento es un suceso interpretado, y las interpretaciones varían. (SAHLINS 1988, p. 142-143).

En cuanto a la presentación de los datos, si bien se realizaron más de

treinta entrevistas semi-estructuradas, cientos de encuentros en la calle y se cuenta con miles de horas dentro del ámbito de los refugios durante los veintidós meses que duró de trabajo de campo, serán mencionadas algunas de las personas puntuales y no todo el conjunto, de manera tal que sea posible una sistematización y comprensión de las complejidades y heterogeneidades presentes en este universo, y que, de forma representativa, sean expuestas en este trabajo las diversas situaciones encontradas en las narrativas de vida pero que se muestran como características comunes.

Por último, una vez avanzada la investigación y habiendo intentado realizar entrevistas en video o con audio, y luego de haber reflexionado sobre el poder que ejerce la cámara o la grabadora sobre las personas, se tomó la decisión de resignar el registro audiovisual y fotográfico de las personas, discursos, prácticas y contextos de los encuentros, debido a que la presencia de una cámara réflex estaba interfiriendo en la disposición de los entrevistados, generando incomodidades o inhibiciones que limitaban el acceso a experiencias de carácter íntimo que podrían ser fundamentales para comprender este universo. Por este motivo, se consolidó la utilización de herramientas clásicas como cuaderno de campo y diarios de campo para el registro (MALINOVSKI, 1976).

2.4 LOS SUJETOS

Como unidad de análisis, entonces, este trabajo se planteó a hombres, mayores de edad, que se encuentran o se encontraron en situación de calle. Las personas seleccionadas para realizar las entrevistas en profundidad fueron escogidas a través del reconocimiento previo de las zonas donde se enfocó la etnografía o por relaciones generadas durante el campo exploratorio de este trabajo.

Los nombres de las personas con quienes mantuve estos encuentros y, en algunos casos, con quienes aún mantengo relación, tanto dentro del refugio donde trabajo actualmente, como en encuentros casuales en la calle, fueron cambiados por nombre ficticios para proteger la intimidad de los mismos, más allá de que nadie presentó alguna objeción en cuanto a publicar su nombre real. De todas maneras, atendiendo a la responsabilidad que asumo como antropólogo, y la

incertidumbre del alcance de este trabajo y las consecuencias que pudiera traer para las personas, consideré una buena opción el mantener preservada la identidad de las personas que colaboraron en esta investigación y me confiaron detalles íntimos de sus vidas. Saúl, Esteban, Carlos, Ricardo, Diego, Mario y Julio son los nombres por los cuales me voy a referir a ellos y a través de los que conoceremos sus historias y realidades durante el resto del trabajo.

Muchos de ellos pernoctaron durante un tiempo en alguno de los refugios donde trabajé, por lo cual me fue mucho más sencillo el acercamiento en la calle. Este es el caso de Saúl y Esteban, quienes accedieron con entusiasmo a las entrevistas. Algunos otros fueron presentados por los anteriores o por otras personas que me conocían del refugio, cuando, al cruzarnos en la calle, se encontraban acompañados. Otros fueron directamente abordados por mí al reconocer algunas señales como la cantidad de bolsos que cargaban, el aspecto ajado de su ropa o por verlos en varias oportunidades en determinados lugares que reconozco como espacios que son ocupados frecuentemente por personas que duermen en la calle.

3. A TRAVÉS DEL CAMPO: YO EN LA SITUACIÓN

*conocer gente que perdió
mucho más de lo que tuve
da miedo
da ganas
el saberme posible "ellos"
el identificarme en sus miedos*

*el resurgir del fantasma
del alcoholismo
de la cocaína
y del perder el amor
propio
de otros
y el hogar*

(poema escrito el 27/12/2014 en el Cuaderno de Campo, p.1)

En este capítulo se hace una descripción densa, desde el punto de vista subjetivo, con la intención de transmitir al lector la perspectiva del investigador durante el desarrollo del trabajo de campo.

Estas páginas surgen de las notas de campo realizadas en diferentes etapas del trabajo y recogen las principales percepciones y concepciones que fueron impregnando la subjetividad del investigador.

3.1 TRABAJAR EN UN REFUGIO

El 26 de diciembre de 2014 comencé a trabajar como Educador Social en un Centro Nocturno para personas en situación de calle (refugio) ubicado en pleno centro de Montevideo, en la calle Paysandú esquina Florida. Tuve una primera visita al refugio el día 26 para una entrevista laboral con la coordinadora del Centro, quien me recibió y entrevistó en el hall de la casa que funcionaba como refugio. Desde el primer momento estuve en contacto y a la vista de las personas que allí pernoctaban. La entrevista se realizó allí mismo y frente a varios de los usuarios, quienes podían oír mis respuestas, lo cual me generó una sensación de exposición y vulnerabilidad que no esperaba encontrar, aunque por otra parte me motivó a exponerme personalmente frente a las personas con quienes trabajaría.

En este primer encuentro tuve mi “iniciación” y la “lección” número uno por parte del equipo que trabaja allí. Al entrar dejé el bolso que llevaba sobre una silla al lado de la puerta y me senté unos metros más hacia dentro de la casa para que me realizaran la entrevista. Luego de conversar un par de minutos con la coordinadora, se acerca un educador (el mismo que me había recibido al llegar), me entrega mi bolso y me advierte: “no dejes nada suelto porque te lo llevan”. Esto me extrañó ya que, por más que el bolso se encontraba a dos metros de donde yo estaba sentado y a la vista de todos quienes por allí pasaban, según este educador, era factible que me lo robaran. Esta primerísima impresión sirve como ejemplo de cuál es la tensión que siente constantemente, tanto los trabajadores, como los usuarios del servicio, con respecto a las pertenencias dentro de estos espacios. Sentí inmediatamente que las pertenencias deben tener un cuidado especial porque se presume que al menor descuido pueden ser robadas por cualquier persona que esté allí.

Comencé a trabajar efectivamente el día 27 de diciembre en el horario de 18:00 a 01:00 de la mañana. Durante el turno tuve la orientación de mis compañeros, quienes me explicaron las dinámicas cotidianas del funcionamiento (entrada, cena, etc.) y las primeras presentaciones con las personas que iban llegando al centro. En un primer momento me sentí ansioso por comenzar una relación con los usuarios, por conocer de sus vidas y sus historias. En las primeras charlas noté como la mínima demostración de interés en su historia por parte de un desconocido como yo lo era, generaba un gran relato de la persona. En este día, y en varios otros, tuve que hacer pausas en la conversación debido a que se extendían en detalles que implicaban mucho tiempo con una sola persona y esto no estaba previsto en mi tarea.

La noche del 31 de diciembre del 2014 me fue asignada para trabajar en el refugio. Esto implicaba que no pasaría el año nuevo con mi familia como se acostumbra en Uruguay y tendría una carga emocional especial, tanto para mí como para mis familiares, ya que era el primer fin de año luego de mi regreso de Brasil que podría pasar en mi casa. A pesar del extrañamiento inicial, mi familia comprendió que esta situación se debía a mi trabajo y esto justificó sin mayor problema mi ausencia.

En el refugio, en la tarde de 31 se percibía un ambiente no muy festivo.

Me extrañó esto al recibir a la gente en el refugio y le comenté a mis compañeros sobre lo poco festivas que se veían las personas, a lo cual me llamaron la atención sobre la situación especial en la que se encuentran estas personas y que muchos de ellos tienden a sentirse deprimidos en estas fechas porque se encuentran lejos de sus familias.

Al escribir esto me parece muy obvio este dato, pero en el momento no pude percibir este determinante. Durante la noche todo transcurrió normal y se hicieron pocas referencias acerca de la fecha especial. Algunos fueron a dormir temprano con la intención de no participar de los festejos de la medianoche. A las 00:00 los educadores y algunos usuarios subimos a la azotea de la casa para ver los fuegos artificiales y brindar con refrescos. Durante este momento distendido y de festejos recibí algunas llamadas de mis familiares para saludar y cumplir con los rituales típicos de esta fecha. Varias veces me encontré alejándome de los usuarios para que no escucharan mi conversación, debido a un sentimiento de culpa que me generaba el estar recibiendo el saludo de mi familia y que muchos, sino la mayoría de ellos, no tuvieran contacto con sus familiares.

La relación dentro de este refugio estaba sesgada por la relación de poder que se planteaba desde mi rol de educador. La figura del educador dentro de los refugios, si bien es un acompañante y referente de los procesos personales de las personas y muchas veces genera relaciones afectivas positivas, también cumple muchas veces el rol de autoridad y aplica sanciones frente a las faltas que puedan surgir. Parte de mi tarea era mantener el orden del refugio en cuanto al cumplimiento de las tareas de la casa, a la convivencia y el cuidado de los espacios. Esto implica ejercer la autoridad institucional a la hora de hacer cumplir con las normas del centro, por lo cual muchas veces me encontré exigiéndole a determinadas personas el cumplimiento de una tarea (cuando no se disponía voluntariamente) o en ocasiones he tenido que expulsar a personas del centro nocturno por cometer faltas graves de convivencia (robos, peleas, etc.).

Debido a mi trayectoria de vida, mis características personales y mi carácter, la mayoría de las veces solucioné los conflictos desde una postura amable o mediadora entre la persona y la institución o entre personas en conflicto, esto me permitió ganarme la confianza de la mayoría de los usuarios y el respeto por mi

función. En este sentido se me presentó, durante toda mi trayectoria en los refugios, un conflicto personal que enfrentaba constantemente las normas establecidas por la institución y mi rol de autoridad a mis propias convicciones ideológicas y nociones de “justicia” y “libertad”. Varias veces he hecho “la vista gorda³” dejando pasar situaciones que, según las normas, están sancionadas con la suspensión o expulsión del refugio. Generalmente no ejercía ese poder cuando consideraba que la situación no se correspondía con mi concepción de justicia.

Por otra parte, el poder no se ejerce unidireccionalmente, sino que los usuarios también tienen estrategias o mecanismos por los cuales ejercen su poder dentro del cotidiano de los refugios. En varias ocasiones surgen amenazas de “delatar” al educador de turno por alguna falta u omisión que este cometa, otras veces, en función de la personalidad del usuario, viví manifestaciones de violencia que tienen un efecto en los educadores. Me encontré varias veces frente a ataques verbales o físicos de algunas personas que se molestaban con las normas o que tenían diferencias con la institución. Esto no solo me generó la sensación de inseguridad en el momento, sino que también me generaba miedo por las represalias que podían tomar conmigo las personas que se molestaban cuando estuviéramos fuera del refugio.

Esta sensación de miedo tiene un papel importante en muchas de mis actitudes dentro del refugio y es una carta con la que cuentan muchos de los usuarios del servicio. La fuerza física me fue impuesta muchas veces como herramienta de reivindicación de pedidos y ejerce dentro del refugio un elemento cotidiano y de constante juego.

Si bien fueron varias las instancias de violencia dentro de estos espacios, fueron las menos. La mayoría del tiempo mantuve una buena relación con las personas y un mutuo respeto. Mi flexibilidad en cuanto a la autoridad ejercida, la comprensión frente a determinadas situaciones en las cuales me reconocí, la disposición para la escucha y otras características de mi personalidad hicieron que durante los dos años que he trabajado en refugios haya desarrollado relaciones bastante profundas y afectivas con algunas personas.

³ La expresión “hacer la vista gorda” refiere a dejar pasar alguna situación, fingir que algo no fue visto.

3.2 *DENTRO DE UN REFUGIO (CONVIVIR EN ÉL, COMER EN ÉL, DORMIR EN ÉL)*

Durante estos casi dos años he frecuentado los refugios donde trabajé con una asiduidad de, al menos, dos días a la semana y en varios periodos he pasado más de cinco días a la semana desde el horario de apertura, a las 18 horas, hasta su cierre a las 9 de la mañana del día siguiente. Durante ese tiempo se realizan las actividades típicas de una casa, como la limpieza, la comida, las duchas, etc. y se dan los intercambios entre todos quienes allí estamos. Las primeras horas son las más intensas en lo que refiere a la convivencia la cual es experimentada por todos quienes estamos en este espacio.

La propia naturaleza del refugio (una casa) y la carga horaria tan larga que me exigía, generó que, con el correr del tiempo, estos lugares pasaron a representar espacios muy familiares para mí. Entiendo que esto puede ser habitual en cualquier lugar de trabajo, donde se pasan muchas horas diarias y se personaliza el lugar de forma de hacerlo más agradable; pero en el caso de los refugios se profundiza un poco más esta familiaridad con el lugar, ya que es un espacio destinado a desarrollar actividades domésticas. Siendo así, muchas veces he desarrollado actividades personales del orden de lo doméstico en un espacio que no era mi hogar. Por diferentes circunstancias, me he cocinado, me he bañado, he dormido y hasta me he cortado el pelo y afeitado cuando un usuario – que está formado en peluquería – me ofreció este servicio.

Uno de los momentos de mayor intensidad en las conversaciones es durante las salidas a fumar a la puerta del refugio. En estas instancias mientras fumamos educadores y usuarios en la calle, aproveché para desarrollar charlas más profundas con las personas. Un elemento que percibí como una herramienta de aproximación a las personas fue el tabaco. Soy fumador de tabaco armado – una de las opciones más baratas para ser fumador en Uruguay – y desde que comencé a trabajar en los refugios ofrezco tabaco a quien quiera. Esto me sirvió como primer contacto con quienes recién llegaban al refugio y me permitió generar cierta intimidad

donde se daban charlas personales y profundas, generando cierto respeto por parte de los usuarios, quienes están acostumbrados a que los educadores no compartan muchas cosas con ellos. La proximidad que me daba el tabaco me permitió exponerme personalmente en mi trayectoria y escuchar las de las personas que utilizaban el servicio.

Durante estas charlas noté una conducta que me llamó la atención. Mientras mantenía una charla con una persona, podría llegar otra y ponerse a conversar conmigo como si el primero no existiera. Esto fue muy notorio y me generó varios momentos de incomodidad al pretender mantener ambas conversaciones a la vez (y a veces más de dos). Luego de varios meses de observar esto, comencé a tomar una postura más firme y a detener la charla para hacer notar que más de una persona me hablaba a la vez y que no podía comprender a ninguno de ellos. Con esto comencé a comprender que no solamente ocupaba un rol de autoridad para los usuarios, sino que también generaba alguna competencia por quien mantenía una mejor relación conmigo. Observé esto en los dos refugios donde trabajé y mis compañeros también lo perciben de esta forma, por lo cual presté especial atención a no empoderar a nadie en particular.

En este sentido, también es cierto que con algunas personas he generado mayor afinidad y pasado el tiempo he revelado parte de mi trayectoria de vida, cuando consideraba que podría serle útil a su propia trayectoria. Un tema muy recurrente entre los usuarios es el consumo problemático de drogas. En muchos casos, al alcanzar un nivel más profundo en la relación, les contaba sobre mi experiencia con las drogas. Durante mi adolescencia consumí marihuana cotidianamente hasta los 18 años, cuando dejé de consumir; durante gran parte del año 2013 mantuve un consumo problemático de cocaína, por lo cual comprendía en profundidad las experiencias que me relataban: la sensación de “fisura”, el gasto desmedido de dinero en drogas, la pérdida de los vínculos a partir del consumo, etc. Esto también contribuyó a mi aproximación a las personas con estas problemáticas, ya que mi comprensión les permitía abrirse más que con otros educadores o educadoras que no habían pasado por alguna experiencia similar o que directamente nunca habían consumido ningún tipo de drogas.

La cena es otro momento de intensidades dentro del refugio. Generalmente se daban algunos conflictos en la fila para retirar la comida, o mientras estaban cenando. Muchas veces tomé la decisión de sentarme a cenar con los usuarios. Esto llamaba la atención de los más nuevos y también me permitía generar – con mi presencia, lo cual representaba la autoridad – calma a la hora de la cena. Muchas veces recibíamos quejas de la calidad de la comida que se envía a los refugios y cuando sobraba comida, me servía de esa comida y comía con ellos. Algunos usuarios tenían olores muy fuertes por la falta de higiene, por más que parte de nuestro trabajo era reforzar este aspecto de su proceso. A la hora de sentarme junto a ellos a cenar algunas veces sentí estos olores y me generó alguna incomodidad que disimulaba para no afectar a la persona.

La división, llamémosle, territorial de la casa estaba definida explícitamente, pero en varias instancias esta delimitación se desdibujaba. En ambos refugios donde trabajé existe un área, oficina o cuarto para el equipo de educadores en la cual se tiene un acceso restringido para las personas que usan el servicio. En el refugio de la calle Paysandú, en ocasiones – generalmente en las últimas horas de la noche –, algunos usuarios más próximos a los educadores se acercaban a este lugar a conversar y pasar un rato. Para mí y muchos de mis compañeros esto era molesto a veces y generaba una sensación de ser invadido. Si bien parte de nuestra tarea era entablar conversaciones con los usuarios, existían ciertos momentos en los que la extensión y el horario de una conversación dentro del espacio destinado para los educadores era motivo de molestia.

Si bien no está permitido, durante las noches los educadores que hacen el turno de la madrugada duermen algunas horas, generalmente luego de la 1 de la mañana, ya que es en este horario donde todos los usuarios duermen. Para ello se disponen de dos colchones que son puestos en el suelo en la noche y guardados durante el día para que no se sugiera que los educadores duermen en la noche. Mis primeras semanas en el refugio fueron en este turno y me pareció una imprudencia dormir, ya sea por cualquier situación de urgencia que puede surgir en la noche, así como por la propia vulnerabilidad de estar dormido en un lugar “extraño” y con personas que son catalogadas por el sentido común como “peligrosas”. Con el correr de los meses, este sentimiento de vulnerabilidad fue desapareciendo a medida que

iba creciendo la familiaridad con el espacio y las personas que allí pernoctan todas las noches.

En ocasiones, cuando algún usuario tenía que ir a trabajar muy temprano, debíamos despertarnos en la madrugada para llamarlos o para abrirles la puerta de salida. Una noche mientras dormía junto a mi compañero de turno, un usuario quería salir del Centro y golpeó la puerta del lugar donde dormíamos y, al no obtener respuesta, entró hasta donde yo dormía (el colchón en el suelo). Al despertar me sentí impresionado por la situación y con la sensación de una extrema exposición frente a una agresión. Si bien mantenía buena relación con todos quienes allí dormían, podría existir algún resentimiento por alguna sanción que yo haya aplicado y esto podría ser causal de agresión.

Otra de las características más notorias en cuanto al relacionamiento entre los propios usuarios, fue la poca disposición a generar relaciones de amistad profundas entre los compañeros. Algunos se agrupan y se integran de manera amable, pero al indagar más sobre estas relaciones me encontré con que existía una desconfianza con el otro. Si bien compartían mates, charlas, recorridos durante el día y en algunos casos actividades laborales – como cuida-coches, por ejemplo –, en cuanto se daba algún conflicto surgía la desconfianza y una actitud de “cada uno para sí mismo”. Esta frase es repetida muchas veces por los usuarios junto con la frase “acá no podés confiar en nadie”. Esto me provocó un extrañamiento al aproximarme a esta población con la prenoción de que la situación común de exclusión generaría una identificación entre ellos o alguna afinidad a partir de ello.

La experiencia de convivir dentro de este espacio me respondió esta interrogante acerca de la falta de confianza: los refugios son lugares donde cualquier descuido puede ser aprovechado por otro para obtener alguna ventaja o ganar algo. En este sentido, la advertencia hecha por mi compañero de trabajo en mi primer día en el refugio tenía un fundamento y esta desconfianza y alerta estaba siendo vivida por todos. Muchas veces me encontré preocupado por mi celular al no encontrarlo en mi bolsillo y siempre mantuve el estado de alerta en cuanto a mis pertenencias.

3.3 PUERTA DE ENTRADA

Durante el segundo semestre del año 2015 cursé, como estudiante de intercambio, la disciplina Etnografía de las juventudes Latinoamericanas, ofrecida por el Centro de Estudios Interdisciplinarios Latinoamericanos de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UDELAR. Como requisito para la aprobación del curso se nos exigió realizar un trabajo etnográfico donde se discutieran las nociones de juventud en algún tipo población específica. Debido a mi interés y proximidad con la población en situación de calle le propuse a mis compañeras de equipo (dos estudiantes de antropología de la misma facultad) realizar nuestro trabajo con las personas que presentan en Puerta de Entrada del MIDES a solicitar un cupo en los refugios.

El trabajo consistió en realizar varias visitas a la puerta de esta oficina, aproximándose a las personas para conocer su cotidiano, sus prácticas y sus discursos en este entorno. Durante tres semanas nos acercamos casi a diario a este lugar y pasábamos alrededor de dos horas conversando con quienes se encontraban esperando para ser atendidos y derivados a los refugios por esa noche. Nuestras visitas comenzaban alrededor de las 16 horas y se extendían hasta las 18 o 19 horas, momento en el que desde dentro de la oficina una persona salía a gritar los nombres y entregar las “tirillas” – papel pequeño donde figura el nombre y documento del usuario y el refugio al cual es derivado por esa noche – a quienes la solicitaron anteriormente.

Si bien el objetivo de ese trabajo fue específicamente aproximarse a las nociones de juventud que estaban presentes en esta población, la aproximación etnográfica a este espacio y a las personas que allí se encontraban contribuyó a mi experiencia y conocimiento de los lugares que comúnmente frecuentan las personas en situación de calle y me permitió vivenciar directamente las dinámicas y discursos presentes en este lugar.

La oficina Puerta de Entrada del PASC se encuentra ubicada en Convención 1572, entre las calles Paysandú y Cerro Largo, y recibe una gran cantidad de gente a diario. Generalmente la gente que espera fuera del edificio donde se

encuentra la oficina – según nos relataron, antes se realizaba la espera dentro del lugar, pero se dieron varios conflictos y peleas, por lo cual las autoridades del MIDES decidieron que la espera sea en la calle –, por lo cual, al llegar al lugar, vimos personas en toda la cuadra, sentadas en el suelo, en las puertas de casas, edificios y comercios. Esta calle de Montevideo es muy frecuentada debido a que se ubica en pleno centro y desemboca en la terminal de ómnibus interdepartamentales, la cual posee un alto flujo de personas que diariamente utilizan la terminal.

A pesar de que yo conocía la calle porque el refugio de la calle Paysandú donde trabajaba se ubicaba a una cuadra de este lugar y cotidianamente pasaba por allí en mi bicicleta para ir a trabajar, nunca me había detenido allí, ni había habitado este espacio.

La primera observación que se pudo hacer sobre este lugar es el aspecto deteriorado de toda la cuadra. Las fachadas de casas y edificios estaban despintadas, en la vereda había mucha basura y justo a la mitad de la calle un edificio que parecía estar abandonado. Este mismo local tenía un alero en su puerta y encima de él algunos colchones y frazadas, lo que no me sorprendió pero me llamó fuertemente la atención. Esto significaba que una o más personas dormían allí, dato que me pareció bastante irónico debido a que se encuentran justo en frente de la puerta de la oficina del MIDES. Las personas estaban distribuidas por toda la cuadra, alrededor de unas 50 personas que esperan ser llamados, la mayoría eran hombres, aunque también observé varias mujeres. Algunos estaban sentados de a grupos de cinco o seis personas, otros solos y no conversaban con nadie.

El grupo de personas a quienes me aproximé los primeros días tenían entre 20 y 35 años, aunque había personas de más edad. Luego de conversar con varios vimos que había personas de hasta 77 años esperando su tirilla. Fuimos bien recibidos y comenzamos a conversar sobre sus nociones de juventud, pero en las charlas fueron apareciendo varios relatos de vida y situaciones concretas de su experiencia de situación de calle.

En estos encuentros fui aproximándome a la situación de varios de estos jóvenes y pude percibir una diferencia en cuanto a la percepción que tenían de

mí. A diferencia de lo que ocurría en el refugio, en este espacio no se me consideraba como una autoridad ni se temía que yo no concordara con sus opiniones o prácticas. Asimismo, tampoco era considerado un igual, ya que nos presentamos como estudiantes de antropología y esto nos definía en una posición diferente. A pesar de ello no ocultaron ni negaron actividades que pueden ser condenadas por el común de las personas como el consumo de drogas o prácticas delictivas. Dos de ellos me contaron que vendían su documento de identidad a personas que falsifican estos documentos y con el dinero compraban pasta base.

Las charlas siempre fueron tranquilas y amistosas, sin embargo, existía cierto grado de alerta. Durante estas semanas pude observar varios conflictos y peleas entre quienes diariamente se reunían allí. En ocasiones la policía abordaba a algunos de ellos – generalmente a quienes que se encontraban más alejados de la oficina, casi en la esquina con la calle Paysandú –, cuando eran llamados por algún vecino o por las mismas personas que trabajan en esta oficina. Según nos relataron y pudimos ver, existen peleas y robos casi a diario y se siente esta tensión y alerta constantemente al estar esperando el cupo en algún refugio.

Particularmente sentí esta tensión al ser encarado por alguno de los que se mostraban más extrovertidos y que iban y venían por toda la cuadra, quien me preguntó sobre mi bicicleta, específicamente, el precio. Respondí que no valía mucho porque era una bicicleta vieja (pero no antigua) y que no ganaría mucho con ella si me robaba. Luego de pasado este episodio, mantuve la atención en la bicicleta y en mi mochila constantemente.

En los relatos recabados encontré situaciones que ya conocía de las narrativas de vida que oía en los refugios, pero pude observar una dimensión que no había percibido desde mi lugar en los centros nocturnos. Muchos de estos jóvenes que conocí allí no llegaban a dormir en ningún refugio porque, según comentaron, cuando obtienen la tirilla y se encaminan al refugio, se encuentran con otras personas que conocen de este mismo lugar y que también son consumidores de pasta base, que les ofrecen drogas y no pueden negarse. Este es el caso de Braian, quien hacía tres días que iba a pedir la tirilla y le sucedía esto, por lo cual hacía tres noches que dormía en la calle.

Nuestra presencia continuada como investigadores tuvo como consecuencia que, al pasar de los días, éramos abordados por quienes parecían ostentar cierto lugar de liderazgo. Estas personas se destacaban por presentarse extrovertidas y con ademanes que expresaban una cierta vitalidad, fuerza y agresividad. Comprendí que esto era lo normal en este espacio como forma de relacionamiento y no evité los encuentros por esta razón, sino que logré eludir estas gestualidades para alcanzar un vínculo más relajado y en varios casos conseguí que las tensiones bajaran y que pudiéramos profundizar en las charlas. Muchos de estos quienes parecían liderar ciertos grupos (los que eran reconocidos como los “pasteros” – fumadores de pasta base) no quisieron responder a algunas de las preguntas y solo pasaban por donde nosotros nos encontrábamos para pedir tabaco, marcar su presencia y “apropiarse” de las charlas.

Es común encontrar en los textos etnográficos relatos sobre cómo el investigador es “apropiado” por uno o algunos miembros del grupo estudiado y cómo generalmente esta apropiación es realizada desde quienes ostentan cierto poder o autoridad dentro del grupo, así como también ocurre lo mismo de parte de los investigadores hacia las personas más influyentes de los grupos estudiados. En este caso el interés y acercamiento de los más “fuertes” fue positivo para un acercamiento primario, pero entendí que también fue una limitante para aproximarme a otros actores relevantes para la comprensión de las dinámicas de este lugar.

Luego de un par de semanas de estas visitas, comenzamos a percibir que nuestra presencia estaba incomodando a algunos y fue notorio que ya había un cierto cansancio de que estuviéramos allí. En las últimas visitas algunas de las personas con las que habíamos hecho un buen vínculo nos dijeron explícitamente que ya no podíamos ir todos los días, que a “otra gente” le estaba molestando. Con mis compañeras entendimos que este mensaje era muy claro y decidimos que ya teníamos relatos suficientes y que no deberíamos incomodar más a las personas.

3.4 EN LA CALLE

Algunas instancias que me permitieron vivenciar una parte de la experiencia de las personas en esta situación fue el acompañamiento de algunos usuarios del refugio de nivel 1 (Paysandú) a las consultas médicas. Parte de mi tarea como educador era hacer estos acompañamientos, principalmente a adultos mayores que tenían dificultades para desplazarse o a personas que no conocían la ciudad o las formas de transporte. Este es el caso de Augusto, a quien acompañe varias veces al Hospital Español y al Hospital Maciel, y de Oscar, a quien también acompañe a este último hospital.

Para trasladarnos al hospital debíamos tomar ómnibus. Esto me generó algunos miedos respecto al trato que recibirían dentro de este espacio por parte del personal de la empresa de transporte y de los otros usuarios del transporte colectivo. La apariencia de estas dos personas era de quien está viviendo en la calle: ropas viejas, barbas largas y cuerpos desgastados, por lo cual era inevitable que se le asociara a esta condición. Esto fue el tema de una de las conversaciones durante los viajes con Augusto, quien me manifestó que sentía vergüenza de ello. Yo también sentí las miradas y la vergüenza este día, más allá de que no era yo quien estaba siendo estigmatizado, pero sí quien le acompañaba. Casualmente, mientras estábamos volviendo de la parada de ómnibus al refugio, nos cruzamos con una amiga mía que sabía de qué se trataba mi trabajo y nos saludó amablemente. Esto redujo un poco la incomodidad que sentimos en el viaje.

Otros momentos muy diferentes eran las salidas al teatro. En el refugio de nivel 2 (Durazno) tomé la responsabilidad de generar salidas culturales con los usuarios. Mediante la coordinación con el Centro Cultural Urbano – el cual se dedica a integrar personas en situación de calle a sus actividades, pero no exclusivamente, sino que es un centro cultural abierto a toda la población – gestionaba invitaciones para asistir a obras de teatro y recitales de música, por lo cual tuve oportunidad de relacionarme con las personas en un contexto muy diferente de su cotidiano.

En estas oportunidades las conversaciones y las vivencias eran de “festividad”, de día especial y me comentaron muchas veces que les gustaba cambiar la rutina. Muchas de las personas que participaban de estas salidas habían tenido

acceso a varias formas de manifestación del arte, pero muchas nunca habían entrado a un teatro, por ejemplo. En estas instancias tuve la oportunidad de conocer mucho sobre las historias de vida de quienes me acompañaban, ya que las temáticas de las obras o canciones disparaban recuerdos que eran compartidos conmigo. También la lejanía del espacio físico del refugio y el cambio de contexto facilitaban el surgimiento de charlas más profundas.

Una vez que visualicé que el mejor contexto para este trabajo sería la calle, comencé a considerar que debido a la multiplicidad de perfiles y de actividades que desarrollan estas personas, sería una buena opción la de establecer encuentros “azarosos”⁴ o marcados en la calle. A lo largo del trabajo de campo identifiqué lugares de reunión o puntos de la ciudad donde podía encontrar fácilmente a algunas personas que fui conociendo en los refugios; determinadas calles donde algunos trabajan de cuida-coche, o espacios donde se reúnen varios de ellos durante el día. La estrategia, entonces, fue la aproximación directa a estos lugares y la presentación de la investigación y la invitación a participar de ella. En todos los casos accedieron amablemente y sin muchas preguntas sobre el trabajo.

Esta diversidad de lugares me exigió una movilidad continua dentro del área que definí previamente para la realización de las entrevistas ya que muchas veces no encontraba a las personas en los lugares donde esperaba verlas y me dedicaba a recorrer la zona con mi bicicleta. Esto prolongó el tiempo estimado para la realización de las entrevistas pero me resultó beneficioso para conocer las dinámicas de las personas en los espacios. En muchos casos me acercaba a los lugares donde había visto que “paraban” algunas personas o donde me habían contado que lo hacían, pero no estaban allí. Luego de dar vueltas, encontraba a la persona en algún comercio cercano o en alguna plaza de la zona.

Fueron muy diversas las situaciones de encuentro en la calle, pero en general se dieron de forma amable y distendida. En algunas ocasiones me acerque a personas que conocía que se encontraban acompañadas por otros a quienes no había

⁴ Las comillas pretenden relativizar el azar en los encuentros, con la intención de señalar que, por más que los encuentros eran al azar durante alguno de mis trayectos diarios en el centro, siempre existió una intención de mi parte de encontrar las personas y las situaciones para que ello suceda.

visto. En estas ocasiones traté de tener charlas o de hacer las entrevistas apartándonos del resto del grupo, para obtener una mayor intimidad. También es cierto que muchos prefirieron relatar sus historias frente al resto con la intención de ser escuchados.

Durante alguna de las entrevistas, fuimos interrumpidos por otras personas que también se encontraban en situación de calle que, al verme tomando apuntes, deducían lo que sucedía y se ofrecían para relatarme sus historias también. En otras ocasiones éramos interrumpidos por los niños que acompañaban al grupo, hijos de otros quienes allí estaban.

En el caso de los encuentros en la explanada de la Intendencia de Montevideo, luego de varios minutos, pude percibir que mientras yo mantenía una conversación con una persona, el resto del grupo se dedicaba a vender marihuana a personas que se acercaban. Al constatar esta situación sentí cierto miedo de ser sorprendido por la policía y de quedar sujeto a la situación. Durante mi adolescencia fui víctima de abusos policiales en la calle (insultos, golpes, etc.) los cuales se debían a mi fenotipo (de tez oscura, complexión delgada) y vestimentas en esa época. Estas situaciones me retrotrajeron a estas sensaciones y las reviví durante este encuentro.

En otros encuentros la persona con quien estaba me proponía sentarnos en lugares extraños para mí, como lo es una esquina muy concurrida del centro, y resultaba muy incómodo conversar mientras pasaban muchas personas por alrededor nuestro. A su vez, estar en esa posición – sentado en el suelo – y en este lugar me producía alguna inseguridad y miedo a ser reconocido por alguien y ser juzgado negativamente. Asimismo, esta experiencia me permitió vivenciar el lugar de absoluta invisibilidad que viven muchos de estos hombres durante su jornada diurna; de los cientos de personas que pasaban a nuestro alrededor, eran muy pocas las que nos observaban y pretendían entender qué sucedía.

4. TRAYECTORIAS DE VIDA: “A LA CALLE”

En este capítulo se presentan los principales datos recogidos de las entrevistas semi-estructuradas y encuentros con las personas. Se describen las principales relaciones entre las narrativas de vida recogidas y los tópicos antes definidos para localizar elementos entre las diferentes experiencias que sirvan para problematizar las características y comprender la noción émica sobre la situación de calle en relación con las prácticas observadas.

El capítulo está dividido por tópico y expresa las principales referencias, de los casos más representativos, en relación a estos temas. Estos discursos se entrecruzan con las observaciones del investigador para establecer una descripción que permita su análisis.

4.1 DIEGO

Diego tiene 45 años, nació en el barrio de clase media Unión y vivió con sus padres, quienes se separaron a sus 12 años. Comenta que su padre era alcohólico y que su madre intentaba reparar esta situación con cosas materiales. Menciona a su abuela como un referente importante en su vida.

A los 18 años trabajaba en un Banco y decide vacacionar en Estados Unidos, con sus ahorros y un poco de dinero que le dio su abuela. Estuvo tres semanas allí y a su vuelta a Uruguay renunció al banco y se fue a probar suerte en New York. Cuando cumplió los 27 años regresó a Montevideo y conoció una chica española con quien se casó y vivió 7 años. En el año 95, a sus 29 años deciden, junto a su pareja, ir a vivir a España. Allí estudió historia del arte y trabajaba en el área de informática. Durante la crisis del 2008 pierde su empleo y se separa de su pareja. Esto lo deja en un estado de depresión y cuenta que “cuando reaccioné estaba durmiendo adentro de un auto abandonado”.

Por recomendación de otra persona que también estaba en calle, comienza a frecuentar una *narcosala* (sala de consumo supervisado de drogas

gestionada por el Estado español). Diego no consumía drogas, pero en estos lugares ofrecían comida, duchas y ropa, por lo cual decidió mentir diciendo que consumía cocaína para poder participar del programa hasta que descubrieron que no era verdad. Luego de esto pasa unos meses en albergues (refugios) y la calle intermitentemente hasta que vuelve a trabajar y rehace su vida.

En el año 2015 se contacta con una ONG que ofrecía la repatriación y dinero para el regreso. Consigue este beneficio y vuelve a Uruguay a la casa de una amiga. Al llegar se encuentra con que la casa era “casi una boca de pasta”, por lo que decide tomar el resto del dinero que le proporcionaba la ONG y alquilarse una habitación de hotel mientras buscaba trabajo. Al no conseguir empleo, se va a vivir al balneario Neptunia, donde comienza a trabajar como pescador. Allí comienza a consumir cocaína y al tiempo disminuye la cantidad de trabajo y su dinero.

Decide buscar lugar en un refugio y al llegar a Puerta de Entrada y ver el ambiente, toma el último dinero que le queda y se va una pensión social gestionada por la Intendencia de Montevideo. Luego de un tiempo se le acaba el dinero y vuelve a Puerta de Entrada, desde donde se le deriva al refugio de 25 de Mayo. Este lugar lo describe como bueno, donde se les exigía ciertos hábitos de higiene y de salud. Consigue un trabajo temporal en la Ciudad de Maldonado, pierde el lugar en este refugio y con el dinero ganado vuelve a Montevideo y se queda en un hotel hasta que se le acaba el dinero. Hace tres meses que está en el refugio de la calle Durazno, donde nos conocimos.

Diego es una persona de pocas palabras, amable, con gestos de solidaridad y buenas maneras de relacionarse en el refugio. En el día a día, al salir del refugio todas las mañanas se conecta a internet en algún cibercafé para realizar sus trabajos como redactor en una revista dedicada a las artes locales. Es columnista de heavy metal, por lo que participa de shows y tiene vínculos en este ambiente. Al mediodía camina hasta el comedor de INDA que está ubicado en la avenida 8 de octubre para obtener el almuerzo y vuelve caminando hacia el centro para hacer algunos trabajos en el puerto descargando barcos o con otro usuario del refugio con quien comparten un negocio de venta de garrapiñada.

Al conversar sobre su opinión respecto a los refugios lo primero que me menciona es que “son adictivos, si te dejás estar... podés estar años”. Conoce muchas personas que están hace años en el programa y que lo usan como “aguantadero” y que, “mientras el MIDES siga dándoles lugar en otro refugio cuando no cumplen las reglas, van a seguir así”. Diego me comenta muchas de las diferencias que encontró con respecto a los refugios de España, los cuales considera mucho mejores porque hay un acompañamiento más personalizado. Considera que hacen falta más exigencias en los refugios de Montevideo, así como también insumos para la tarea, y que deberían separar por edades a los usuarios para que no haya problemas de convivencia.

Con respecto a las personas que encuentra dentro de los refugios y las relaciones que se generan, menciona que existen relaciones de “practicidad y conveniencia” – menciona su caso y su compañero de ventas de garrapiñadas. “Siempre les digo que no nos vamos a juntar dentro de unos años a pasar navidad juntos, a tener una reunión de excompañeros del refugio”; así me explica su convicción de que en estos espacios las relaciones son circunstanciales y de conveniencia. Con respecto a los educadores observa que hay personas que “son buena gente” y otros que no les interesa la tarea. Entiende que hay un desgaste de estas personas y que eso repercute en la tarea.

En los días en que fueron dándose los encuentros en la calle, me comentó que ha conseguido algunas entrevistas importantes a músicos internacionales, las que les pagaran muy bien. Con esto y otros trabajos que viene consiguiendo en el ambiente musical, pretende alquilar un cuarto de pensión para poder moverse mejor durante la noche, que es cuando surgen las oportunidades de trabajo que él desea dentro de la música. Pretende ahorrar dinero durante un año para regresar a España, donde tiene sus vínculos y mayores oportunidades que aquí.

4.2 JULIO

Julio tiene 63 años, nació en Montevideo y es hijo de comerciantes de clase media montevideana. Trabajó en la tienda de ropa de su padre y luego en su área de estudios. Relata buenos recuerdos de su infancia y su familia. Fue estudiante de la carrera de ingeniería en sistemas, alcanzando solamente el título de analista en sistemas a los tres años de la carrera.

A los 23 años, siendo estudiante, es detenido tres veces por la policía por realizar pintadas “pro-tupa”⁵, lo mantuvieron preso varios días y estuvo bajo interrogaciones con el fin de relacionarlo con el Movimiento de Liberación Nacional. Luego de ser liberado la última vez, agentes del Estado se presentaron en su trabajo amenazándolo de muerte si era encontrado realizando alguna actividad política. Ante esta situación, su patrón le ofrece una oportunidad de trabajo en París a través de sus contactos. Se radica en esta ciudad y, luego de tres años, conoce a su futura esposa, también uruguaya, quien se encontraba allí de paseo y regresa junto a ella a Uruguay a pesar del peligro que le representaba.

Se casan y se radican en el barrio donde él creció (Reducto), compran una casa y allí tienen a su hija. Doce años después, debido a problemas económicos, su esposa le plantea radicarse en Estados Unidos, donde ella tenía parte de su familia. Julio tuvo un fuerte rechazo por este país desde siempre, por sus políticas imperialistas y por la cultura norteamericana, la cual le representó un “enemigo” durante toda su vida y desde su formación y postura ideológica. Decide no viajar y se separa de su esposa, quien viaja junto a su hija a Estados Unidos.

En el momento de la separación Julio recibe la mitad del valor de la venta de la casa que poseían (unos 15.000 dólares), dinero con el que se mantuvo unos años. Tiene otra relación de pareja con quien convive pero no le va bien; se sentía muy deprimido y al tiempo abandona su casa. Termina de gastar el dinero que poseía mientras buscaba trabajo. Me relata que le fue muy difícil encontrar trabajo y

⁵ Con esta expresión Julio se refiere a que era favorable a el Movimiento de Liberación Nacional – Tupamaros, grupo político-guerrillero que realizó acciones revolucionarias en la década del 60 y principios del 70.

que al quedarse sin dinero y deprimido por perder el contacto con su hija, se abandona en la calle y comienza a consumir alcohol de manera problemática.

Julio vive en la calle hace más de 15 años, por lo que conoce muy bien los dispositivos de atención que fueron surgiendo en la última década. Me relata que ha pasado por varios refugios y que donde estaba en ese momento (el refugio Paysandú, donde yo trabajaba) le parecía una porquería. Manifestó varias veces su disconformidad con la atención que se le prestaba a las personas en situación de calle y, si bien es una persona muy instruida y amable, mantenía una relación conflictiva con el equipo de trabajo.

Las conversaciones a cerca del refugio siempre se centraban en la poca calificación de los educadores y los criterios para él “inintendibles” que se aplicaban en los refugios, los cuales consideraba que le perjudicaban más de lo que le beneficiaban en su cotidiano. No se le permitía acumular objetos que recogía de los contenedores de basura, los cuales vendía en la feria para generar ingresos; tampoco se le permitía entrar alcoholizado al refugio, razón por la cual tuvo muchos problemas con los educadores.

En este sentido, Julio mantiene una rutina que le permite sobrevivir durante el día, basada en la recolección de objetos de la basura que pueden ser vendidos en las ferias vecinales. Con el dinero que genera compra alcohol y comida durante el día. En varias oportunidades me relataba largas caminatas por diversos barrios en busca de objetos vendibles (y personalmente lo he visto en zonas alejadas del centro), pero concentraba su actividad en el barrio Reducto, donde creció y se afincó con su familia. Allí obtenía “ayuda” de los vecinos que lo conocían “de toda la vida” y siempre se refería a esa zona con cierto afecto.

No tiene mucha relación con ninguno de sus compañeros del refugio ni con otras personas que también están en situación de calle. Se refiere a ellos con desprecio y cierta arrogancia por su “inteligencia”. Sus redes familiares fueron retomadas desde el refugio, donde se contactó a su ex esposa y a su hija a través de internet. Esto propició una visita a Montevideo de su familia. El encuentro lo relata con desinterés y aprovecha siempre la oportunidad para señalar que su hija “es una yanqui

más”. Así mismo, en varias oportunidades me volvía a preguntar qué era lo que yo estaba estudiando y al comentarle que estudiaba antropología, me decía que su hija también lo hacía en Estados Unidos. Esto contribuyó a generar una apertura especial de su parte.

Julio, debido a su edad, no tiene muchas expectativas a futuro, pero espera poder obtener una pensión que le permita tener un ingreso de dinero para solventarse los gastos diarios, sin dejar de dormir en el refugio, porque no le alcanzaría.

4.3 SAÚL

Saúl tiene 45 años, nació en el barrio Palermo, donde creció con sus padres y trabajó “legalmente” hasta los 20 años, momento en el que comenzó a colaborar con su hermano, quien había empezado a hacer mucho dinero con la venta de cocaína. “Construyó un imperio” me dice Saúl, y con cierto orgullo. Su hermano había traficado cocaína durante muchos años y se mantuvo al margen hasta que comenzó a colaborar realizando viajes a España para “blanquear” el dinero de la venta de drogas y a gestionar varios negocios legales que su hermano montó – uno de ellos es un restaurant muy conocido del barrio Palermo, lo que cuenta con orgullo.

Se mantuvo yendo y volviendo a España durante muchos años y comenzando a consumir cocaína en esta época. En uno de estos viajes decide quedarse a “probar suerte” y se mantiene haciendo trabajos legales por toda España hasta que decide volver a Uruguay. Al regresar se hospeda en una de las casas que pertenecía a su hermano. En el año 2012, la policía asesina a su hermano, según él, por ajuste de cuentas. Este mismo día, al regresar a su casa, se encuentra con policías que le prohíben la entrada y confiscan la casa. Esta es la primera vez que ingresa al PASC. Unos meses después egresa del programa y se muda con una pareja con quien consumen cocaína juntos durante un año hasta que se separan y viaja a Buenos Aires donde trabaja durante dos años

Al regresar a Montevideo, compra una moto y consigue trabajo como

repartidor de un restaurant de manera informal. Tuvo un accidente mientras trabajaba y fue despedido, injustamente, por las posibles complicaciones que le podría causar al dueño de este negocio. Esta situación de desempleo lo lleva a quedar en situación de calle nuevamente.

En cuanto a su percepción de los refugios, Saúl me comenta que su primera experiencia fue en un Centro Medio Camino y que no le pareció “menos cruel de lo que esperaba”. Asimismo, señala que siente que hay poca preocupación hacia las circunstancias de las personas por parte de los equipos de trabajo, comenta que “las normas ayudan, pero precisan más atención”, “más interés” y “más apoyo”.

En relación a los usuarios del programa realizó la siguiente clasificación: “hay tres tipos de usuarios: los que quieren vivir así; los que quieren salir pero les cuesta por las recaídas (en esta categoría se autoinscribe) y los que quieren salir ya y hacen la suya”. Resalta también que existe una cierta presión de parte del resto de los usuarios y de la gente que está en la calle con quien se vincula, que le exige concordar con sus prácticas: “si no les seguís la cabeza sos un anti(chorro)”⁶, o que se les aparta por tener un trabajo legal: “si trabajás sos un gil”.

Actualmente Saúl está fuera del programa y vive en un hostel donde realiza trabajos de mantenimiento y limpieza a cambio de alojamiento y “algún plato de comida”. Igualmente, a pesar de que relata que en este espacio existe la contención y el apoyo que no encontró en los refugios, sale a la calle a buscarse un ingreso como cuida-coches o a buscar trabajo formal, ya que no le gusta vivir “de prestado”.

Saúl está llevando a cabo el trámite de sucesión de la casa que perteneció a sus padres, ya que, según relata, esta es la única propiedad que no estaba a nombre de su hermano y que no fue confiscada por la policía. Planea volver a España, donde plantea que tiene redes y vínculos más estables de los que posee en Montevideo.

⁶ *Antichorro* se le denomina a las personas que condenan o juzgan a las personas que son “chorros” (ladrones) y es utilizado en la jerga como un insulto y puede generar el rechazo del grupo hacia una persona que es tildada de esta manera.

4.4 ESTEBAN

Esteban tiene 27 años y me cuenta que creció en una “familia común” y en seguida aclara que es adoptado. Su relato comienza a sus 12 años, cuando uno de sus dos hermanos, de 17 años, es asesinado mientras dormía en un hotel en el departamento de San José. Este hermano trabajaba en la Junta Departamental de San José asistiendo en las tareas de la oficina de un Edil del Partido Nacional de ese departamento. Según relata, este Edil era homosexual y la noche del asesinato intentó tener relaciones sexuales con su hermano, quien se negó. Horas más tarde encontraron el cuerpo con un disparo en la cabeza. Esteban le atribuye el asesinato a este Edil y agrega que su otro hermano, el mayor de los tres, quien estaba preso en ese momento por su actividad delictiva como ladrón, también tenía negocios ilegales con este Edil (quien era amigo de la familia). Este dato lo obtuvo años después al intentar saber más sobre la muerte de su hermano y culpó a su hermano mayor de la muerte.

A raíz de este hecho, su madre cae en una depresión profunda, abandonándose – en este punto menciona que encontró a su madre intentando suicidarse – y es su padre quien se hace cargo de su casa. Cuando se refiere a su padre exalta varias veces que fue y es un hombre presente y amoroso, y repitió en varias oportunidades la frase “mi padre es un crá, aguantó todo”. En su adolescencia comenzó a estudiar en la Universidad de Trabajo del Uruguay (UTU) y a su vez empezó a “mover drogas” para colaborar con la economía de su casa.

Luego de salir de la cárcel, su hermano mayor convivió con ellos en su casa, y después del intento de suicidio de su madre, a sus 19 años, al percibir que su hermano le dio la espalda a su familia, tiene una fuerte pelea con él donde llega a amenazarlo con un arma. Describe que este acontecimiento es el que le hace tomar la decisión de irse de su casa. Comienza a trabajar en varios lugares y se paga cursos de auxiliar químico y de concina. Con el tiempo se empieza a sentir mal y comienza consumir marihuana para bajar la agresividad que se percibe. Luego comienza a

consumir cocaína para soportar la fuerte actividad que tenía mientras estudiaba y trabajaba.

Se fue a trabajar al interior en actividades agrícolas y al volver encuentra a su prima con HIV + y sus hijos sola, por lo cual decide acompañarla y se muda con ella. Mientras tanto, estudiaba en la Escuela de Música de Montevideo, tocaba la percusión en un grupo de cumbia muy conocido dentro del ambiente de la música tropical (Conjunto Casino) y daba clases de percusión a adolescentes.

En el año 2011, con la ayuda de su padre, se fue a vivir solo al barrio Maroñas y una noche al regresar de su trabajo a su casa encuentra que había sido ocupada por un vecino y le habían robado todo. En este momento pasa a vivir en la calle mientras mantenía su trabajo formal. Señala que se le hizo muy difícil esta situación, ya que dormía algunas noches en hoteles y otra en la calle, por lo cual no tenía donde ducharse y descansar, y fue por ello que perdió su trabajo y llegó a Puerta de Entrada.

Al llegar le pareció “muy feo” y lleno de “gente desagradable”. Según relata, al llegar le impactó el mal olor de algunas personas y reconoció gente con problemas psiquiátricos. “Con lo que vi, no voy a ir al refugio”, recuerda haber dicho en la entrevista de ingreso, en la cual también lo convencieron de que vaya a un refugio de Medio Camino, el refugio conocido como Bosch, por la calle donde se ubicaba. Me cuenta que en este refugio mantuvo una relación amorosa con una educadora, lo cual me llama la atención pero no es imposible de que ocurriera.

Al tiempo de estar en este refugio le surgió un “negocio grande”. Junto a otras personas robaron más de 100 plantas de marihuana en la zona rural de Montevideo, con lo cual obtuvo más de 100.000 pesos de ganancia (unos 3500 dólares). Contó que ese mismo día llamó a un compañero del refugio y le dijo que repartiera sus cosas entre los usuarios, que no volvería.

Se fue a vivir al barrio Cerrito y allí consumía cocaína cotidianamente. Me relató una situación con un niño de unos 11 años que veía todos los días en la calle, al que le daba alimentos y ropa a veces. Una noche, al ir a la boca a comprar

cocaína, se encontró al niño comprando pasta base, por lo cual increpó al vendedor de que no le vendiera esa droga a un niño, este le respondió “yo le vendo al que venga con plata” por lo cual tuvieron una discusión. Horas más tarde, luego de consumir la cocaína que había comprado, regresó a la casa donde se vendía la droga y la prendió fuego. Como represalia sufrió un tiroteo en su casa, del que escapó ileso, pero por esta situación no podía volver a ese barrio y vuelve a ingresar en el PASC en junio de 2015.

Cuando conversamos sobre los refugios realiza fuertes críticas al sistema y me dice que el “MIDES da plata y los que manejan (los refugios) no dan importancia”. Menciona que se necesita “más atención y seguimiento” sino “sino se torna un achique”⁷. Describe el programa como un negocio con la pobreza, donde las ONG`s lucran con la situación, los educadores no están capacitados porque “cuando se iniciaron no pedían nada” y la culpa es del MIDES por no fiscalizar estos centros.

En cuanto a su estrategia de vida actual, Esteban no quiere trabajar formalmente porque tiene a su padre enfermo y quiere poder cuidarlo durante el día. A su vez, menciona que le han ofrecido oportunidades de trabajos ilegales y que optó por “la difícil, ya salí de todo” y que no se siente un parasito del Estado porque le corresponde como ciudadano el derecho a usufructuar el servicio, prefiere esta situación ya que le da “vergüenza ir a pedir porque vi a mis padres hacerla solos sin pedir”. En cuanto a su relación con el resto de los usuarios asume que es una persona que intenta integrarse porque “hay que ser social, dependemos de todos”

Esteban no se planea trabajar para poder cuidar de su familia y no me confiesa planes o expectativas a futuro.

4.5 MARIO

Mario tiene 59 años y es de la ciudad de Minas. Tiene un acento notoriamente del interior y se caracteriza por una performance gauchesca y por ser

⁷ *Achique* es un término utilizado para definir un lugar de paso, donde se puede estar por poco tiempo, pero sin involucrarse allí.

militante de izquierda. Comienza su relato de vida con su nacimiento, momento en el que muere su madre: “cambió su vida por la mía”, me dice dos veces para que comprenda la frase. A sus 15 años fallece su padre, por lo cual llega a vivir en Montevideo.

En el año 84 se casó con su esposa con la cual tuvo 5 hijas, mientras trabajaba en el ejército. Realizó una misión a Sinaí, por lo cual obtuvo un dinero que le permitió comprar una casa en la localidad de Toledo, ubicada en la frontera entre el departamento de Montevideo y Canelones.

Luego de trabajar en el ejército comenzó a trabajar en un viñedo. En el año 99, durante la campaña electoral por el balotaje entre los partidos Colorado y Frente Amplio, el dueño del establecimiento donde trabajaba reúne a sus empleados y les pide que voten al candidato del Partido Colorado bajo la amenaza de que, si ganaba el Frente Amplio, dejaría a mucha gente sin trabajo. Mario le expresó a su patrón que él votaría al Frente Amplio de todas formas. Este gesto le costaría el trabajo, pero le ofrecieron integrar a su esposa en su lugar para que no quedara sin sustento su casa. Así sucedió y Mario cuenta que este cambio en los roles dentro de su hogar generó muchos conflictos en su relación: “tenía que pedirle por favor a mi mujer un tabaco”.

Su relación de pareja tenía 16 años cuando se da esta situación y una discusión hogareña genera que la esposa haga una denuncia por amenazas ante la policía del pueblo. Luego de ser advertido por la policía local de no amenazar a su esposa, llega a su casa y encierra a sus hijos en un cuarto para que no vieran lo que pensaba hacer. Molesto por la denuncia golpea a su mujer y es conducido a un juzgado donde se le juzgaría. Su abogado le recomienda no declarar que encerró a sus hijos frente al juez para ser procesado sin prisión, pero Mario decide contar la verdad, que encerró a sus hijos para que no vieran a su padre golpear a su madre. Esto le costó ser procesado con prisión con una sentencia de 6 años, de los cuales cumplió solamente 4 meses por buena conducta.

Al salir de prisión va a vivir con su hermano mayor, quien le ofrece trabajar en su casa cuidando a sus hijos. Mario acepta y vive allí. Esta casa estaba

ubicada cerca de la casa donde vivía su esposa e hijos, por lo cual pasaba muy seguido por allí a visitarlos. Su esposa encontró otra pareja que vivía con ella y Mario tuvo problemas con esta persona y fue denunciado nuevamente por amenazas.

Decide irse a Minas en el año 2000 y se instala en la casa que era de su padre y comienza a trabajar en el área forestal (quitaba las cortezas de los árboles talados). Se queda sin trabajo al ingresar nueva maquinaria que realizaba esta tarea por lo que decide volver a Montevideo. Su hermano le consigue una entrevista de trabajo en la empresa donde trabajaba y lo rechaza porque parte de su tarea era revisar los bolsos de sus compañeros.

Decide ir a Puerta de Entrada y lo derivan a un refugio gestionado por una entidad religiosa, donde convive de buena manera durante un tiempo. Parte de las dinámicas cotidianas era leer una carta religiosa antes de la cena y cuando le solicitaron que hiciera esto se negó y derivado a otro refugio de donde lo suspenden por acusarlo de haber legado alcoholizado, lo niega y va a Puerta de Entrada nuevamente y relata la situación. Se le realiza una espirometría – relata que en ese momento había policía y médicos en Puerta de Entrada – y al comprobarse que no había tomado alcohol lo derivan al refugio de Durazno.

Consigue trabajo a través del Patronato Nacional de Encarcelados y Liberados – entidad que asiste a personas que han cumplido condenas – en el Ente Público OSE. Allí trabaja durante dos años y vive en una pensión. Al culminarse su contrato comenzó a trabajar en una empresa de seguridad que pertenecía a un ex compañero del ejército hasta que se sintió explotado y renunció. Vuelve a ingresar al PASC en 2015.

En relación a los refugios me comenta que la convivencia es difícil, “convivir con gente de distinto andar es bravísimo para adaptarse”, se refiere a sí mismo en este contexto diciendo que “hasta hoy he sido bastante solidario”. Se muestra bastante comprensivo y afirma que “todos tenemos problemas. Y al final de cuentas los problemas son los mismos”.

Acerca de su rutina cotidiana Mario me cuenta que al salir del refugio

todas las mañanas se dirige caminando hacia el comedor de INDA, ubicado en Comercio 2558, para almorzar. Luego de caminar 8 kilómetros de ida hasta allí, se dirige a la terminal de ómnibus Tres Cruces, lugar donde tanto él como muchas otras personas que están en situación de calle obtienen un resguardo de la intemperie los días de lluvia o cualquier día. En esta terminal existe vigilancia privada y son muy frecuentes los relatos de los problemas que han tenido con la vigilancia de la terminal, en la cual también funciona un shopping, y de cómo los expulsan y las formas de evitar ser descubiertos. Mario llega a la terminal todos los días cerca de las 13:30 y duerme sentado en alguno de los bancos hasta las 16:30, hora en la que emprende la marcha hasta el refugio.

No está en busca de trabajo actualmente y me justifica esto con la frase “a esta altura de la vida no estoy para pagar derecho de piso”. Para Mario las condiciones de trabajo que le ofrecen son de explotación y de humillación, por lo que prefiere continuar su rutina hasta que, en marzo del 2017, cumpla los 60 años, edad a la cual puede terminar el trámite de jubilación y obtener un ingreso fijo mensual. Actualmente mantiene relación con su familia, pero considera que vivir en la casa de algún familiar sería una molestia para ellos y no le parece correcto. Afirma “no me gusta molestar”, por lo cual solamente pasa de visita por la casa de sus hijas y hermano. Al obtener la jubilación planea ir a vivir a la casa que comparte con sus dos hermanos – herencia de su padre – en la ciudad de Minas.

4.6 RICARDO

Ricardo es una de las personas con las cuales no tenía contacto previo a las entrevistas. El primer encuentro se dio al acercarse a pedirme un tabaco mientras conversaba con otra persona en situación de calle. Al ver que yo estaba realizando una entrevista me dijo que él tenía muchas cosas para contar, a lo que le respondí que si me esperaba le hacía una entrevista a él también.

Ricardo nació en el barrio del Cerro hace 32 años. Creció allí viviendo con su padre a quien describe como alcohólico y que durante muchos años golpeaba

a su familia y a él. En su adolescencia trabajó en jardinería y soportaba vivir en su casa a pesar de los abusos. Al cumplir los 18 años, el 11 de enero, el día mismo de su cumpleaños, abandona la casa y pasa un tiempo en la calle hasta que comienza a trabajar en una panadería del barrio, alojándose en un apartamento al lado de la panadería. Así se mantiene un año hasta que pierde el trabajo por el consumo de cocaína, el cual mantiene hasta sus 25 años, cuando comienza a consumir pasta base.

Durante estos años comenzó a vivir en la calle, en los barrios aledaños al suyo, manteniéndose a base de hurtos y comenzó a entrar y salir del “Portal Amarillo” – Centro Nacional de Información y Referencia de la Red de Drogas, perteneciente al Ministerio de Salud Pública –, donde realizó todo tipo de talleres de los cuales tiene un buen recuerdo y comenta que durante estos años “ayudé a mucha gente”, al referirse a su relación con otras personas dentro del programa.

Luego de esta época estuvo entrando y saliendo de la cárcel durante un par de años, estuvo tres veces en prisión por hurto durante este periodo y, hace un año, desde la última vez que estuvo en prisión, se ha mantenido viviendo en la calle en el centro de Montevideo.

En cuanto a sus estrategias de vida me comenta que tiene lugares donde sabe que le ofrecen comida y que a veces realiza algunos trabajos como limpieza de vidrios o el engrasado de las cortinas de enrollar de los comercios. Se mantiene en el centro durante todo el día, en las proximidades del Banco República, duerme donde le agarre la noche – prefiriendo lugares resguardados, donde la policía no lo vea y lo expulse – y frecuenta un club deportivo donde le permiten bañarse en el gimnasio.

Ricardo ha pasado por varios refugios anteriormente, principalmente en invierno, cuando siente mucho frío. “en la calle de hambre no te morís, pero de frío...” esta frase la repitió muchas veces durante los encuentros y parecía ser una máxima que guiaba su estrategia de sobrevivencia. Varias veces me hace entender que no le gustan los refugios pero que prefiere ir a los refugios de “veteranos” porque está más tranquilo. Me comenta que en Puerta de Entrada de tienen “bronca” y que

cuando va a pedir la tirilla lo mandan a lugares que no le gusta, por eso prefiere dormir en la calle.

4.7 CARLOS

Carlos tiene 64 años y nació en Montevideo en el barrio de Maroñas, donde vivió con sus padres. Su padre trabajaba como jefe mecánico de la Intendencia de Montevideo y su madre se encargaba de las tareas de la casa. A la edad de 12 años, sus padres se separan porque su padre era alcohólico y su madre, al no poder hacerse cargo de sus tres hijos sola, da en adopción a sus dos hermanos, quedándose con él, con quien comienza a mudarse por casas de familiares durante varios años.

Continuó así hasta que a los 21, mientras militaba en el partido socialista, fue preso durante 20 o 30 días – no recuerda bien porque perdió la noción del tiempo durante el arresto. Al salir, y por el miedo a ser asesinado por la dictadura uruguaya, decide ir a Buenos Aires, donde trabaja durante 2 años en el club Gimnasia Esgrima de La Plata, desempeñándose como cuidador y domador de caballos.

En el año 75 se fue a Italia porque también fue perseguido por los militares en Argentina cuando comenzó la coordinación entre dictaduras en los países de la región – conocida como Plan Cóndor –, por lo cual, a través del trabajo, consigue que le envíen a Italia para llevar unos caballos y allí se queda “solamente con y dólar”, según comenta.

Comenzó a trabajar con caballos en Milán, donde hace un curso de equinoterapia, y se dedica a esta actividad y al entrenamiento de caballos para deportes equinos hasta el año 90, cuando hay una crisis en el deporte y pierde su trabajo. Así pasa a trabajar en la construcción por varias zonas de Italia y el resto de Europa hasta febrero de 2014, cuando decide regresar a Uruguay, luego del fallecimiento de su pareja, con la cual convivió durante 15 años, a la vez que le descubren cáncer de intestino.

A través de una ONG (Organización Internacional para las

Migraciones) regresa al Uruguay con 100 euros. Se instala en la casa de su hermano en Montevideo. A los días visitan a su hermana, quien lo había considerado toda su vida como desaparecido por la dictadura, y esta le reclama el no haber dado noticias. Discuten en esta oportunidad y dejan de hablarse. A los 8 meses de vivir con su hermano, tienen una fuerte pelea por lo cual decide irse de la casa.

Casualmente tenía fecha para ser operado de intestino dos días después y decide irse directamente al hospital donde queda internado en espera de la operación. Lo mantienen más de un mes y medio internado, siendo que estaba previsto que fueran solamente 10 días de internación, debido a que una asistente social del hospital se enteró de su situación y que no tenía a donde ir.

De allí lo trasladan en ambulancia a Puerta de Entrada, donde lo derivan al refugio de Mateo 25, donde luego de un mes, es derivado al Centro Tarará (centro de atención que recibe pacientes de diversos hospitales durante un periodo de recuperación y que no disponen de hogar en la ciudad). En este centro estuvo varios meses hasta que se percata que hay pacientes que están drogándose dentro y que quien ingresaba las drogas era un funcionario limpieza. Al realizar la denuncia sobre este hecho y no recibir respuesta, solicita regresar al refugio.

Regresa y al tiempo es internado en el Instituto Nacional del Cáncer, donde permanece por tres meses y al salir de allí había perdido su lugar en el refugio de Mateo 25, por lo cual vuelve a Puerta de Entrada. Allí lo mantienen una semana cambiando de refugio cada noche, hasta que obtiene la permanencia en el refugio de Durazno, donde hace más de 5 meses que duerme.

Carlos no es una persona muy extrovertida y le cuesta entablar relaciones de compañerismo dentro del refugio. Me menciona que las experiencias dentro de estos espacios siempre le fueron negativas por los robos, los olores, por la mala comida y porque muchas personas “piensan que es una cárcel”. En este sentido resalta que los “códigos de convivencia” que manejan la mayoría de las personas dentro de los refugios le parecen muy desagradables.

En cuanto a su cotidiano y sus proyectos, Carlos se dedicó durante

estos últimos meses a terminar el liceo, concurriendo a las aulas nocturnas en un liceo del centro y durante la tarde, luego de almorzar en el INDA y “hacer tiempo en Tres Cruces” se dirige hacia la biblioteca del liceo a estudiar y terminar sus trabajos para las aulas. Espera que se concrete su jubilación italiana, pero depende de encontrar documentación de su abuelo (quien era italiano) para que le reconozcan la ciudadanía y poder hacer este trámite. Me comenta que no está buscando trabajo porque, además de su edad, está a punto de ser operado nuevamente y lo perdería por el periodo de recuperación.

5. CAMINANTES: HISTORIA DE RECORRIDOS

En este capítulo busca problematizarse los desencadenantes de la situación de calle a partir de las trayectorias de las personas entrevistadas, observando similitudes y diferencias, entrecruzando estos acontecimientos con las teorías contemporáneas que los definen y, por otro lado, se busca comprender cómo estas trayectorias influyen en las prácticas y nociones presentes en las dinámicas en las que estos sujetos están inmersos.

Para ello se recorrerá el *ensamble* actual de la situación de calle en Montevideo, con la intención de hacer visibles las zonas difusas y espacios conceptuales ambiguos que se presentan en las prácticas y en los discursos de los varios actores implicados, y que dan lugar a las dificultades para sobrellevar la situación por parte de las personas en calle y las problemáticas para comprender y asistir a estas personas que tienen los dispositivos propuestos.

5.1 LOS PRESUPUESTOS

Desde el sentido común montevidеоano se presupone que todos quienes viven en la calle poseen determinados atributos específicos de su condición, pero que le preceden a esta condición misma y son la causa por la cual acaban en la situación de calle. Algunos de estos son, por ejemplo, la falta de familia “funcional”, la poca o nula educación formal, contextos de violencia, adicciones o enfermedades psiquiátricas.

Tal y como vimos en el primer capítulo, estas nociones son en parte una herencia de la visión occidental y eurocéntrica, que plantea un *otro* al margen del tejido social; que alguna vez perteneció al conjunto social pero que salió de allí por fuerza de “sus propios” actos – la noción de *desviación* de Becker (1971) se aplicaría a esta visión. Generalmente esas “desviaciones” son entendidas desde perspectivas materialistas o desde nociones que pretenden dar un sentido positivo a las poblaciones que estudian, atribuyéndoles formas culturales propias, pero acaban naturalizando una “cultura de la pobreza” (LEWIS, 1972), dejando enclaustrado al

sujeto en esta condición como si fuera dada y, por ende, algo “natural”.

En los casos presentados anteriormente vemos como estas perspectivas y nociones que emergen del sentido común no se condicen con la realidad. Si bien existen casos que presentan características de lo que se llama “pobreza estructural”, vemos como en varias de las trayectorias de vida relatadas, las personas describen sus contextos de origen y sus condiciones materiales como “buenas” o “normales” y atribuyen su situación actual a hechos puntuales que poco tienen que ver con estas condiciones de origen.

Otro de los presupuestos es el del rechazo o la falta de disposición hacia el trabajo, la “vagancia”⁸ por decisión propia, la cual es asimilada a una “ventaja” respecto al resto de la sociedad. De igual manera que lo anterior, esta actitud es atribuida a la “cultura de la pobreza” hacia la cual se dirigen acusaciones de pereza y falta de voluntad para producir. Esto también responde a una moralidad occidental, proveniente de las estructuras sociales greco-romanas, en la que se valora al trabajo y al esfuerzo (y la consecuente posesión económica) como una condición *sine qua non* para ser considerado “ciudadano” y merecer los derechos que se le atribuyen a estos.

Como vimos, en los relatos existen casos en los que las personas deciden no trabajar formal o informalmente, pero esto no se debe a una falta de voluntad o resistencia por el esfuerzo (mucho menos un acto contracultural), sino que responde a una estrategia de vida que tiene un fundamento completamente lógico y de conveniencia para la situación específica de la persona; esto también se da muchas veces a disgusto ya que muchos expresan que sienten vergüenza por tener que mendigar o quisieran tener alternativas para no evitar trabajar. Este es el caso de Carlos y Mario, quienes ya tienen edad de recibir una jubilación y están esperando por ella; o el de Esteban, quien tiene un fuerte compromiso con su familia y escoge como estrategia no trabajar y permanecer en el refugio para colaborar con sus padres sin incomodar o ser un estorbo.

⁸ En este caso el término “vagancia” es empleado de forma émica, siendo un desdoblamiento del sentido inicial de la palabra “vagabundo”, y refiere específicamente a una falta de voluntad hacia el trabajo y no al deambular de marea errante de un sitio a otro. En este sentido se diferencia del concepto de vagabundo, el cual, como vimos anteriormente, implica un conjunto de atributos que provienen del Medioevo y refieren a una figura social y no a una actitud concreta.

Un tercer presupuesto está enraizado en la creencia de que estas personas no quieren trabajar y deriva de las primeras definiciones de *vagabundo* presentadas al comienzo de este trabajo. Como vimos al inicio, desde la literatura clásica española, en la novela picaresca, se les atribuye a los vagabundos cierta falsedad en cuanto a sus imposibilidades físicas o mentales de desempeñar algún tipo de trabajo. Esta desconfianza está presente en la sociedad montevideana actualmente y también es una herencia de las nociones medievales y posteriores presentadas por Rodríguez Giles (2011a; 2011b) que estigmatizan a quien se encuentra en situación de calle, asociándoles con la ilegalidad o prácticas delictivas.

Es cierto que algunas de las personas que conocí durante esta investigación mantenían, o mantuvieron, prácticas delictivas en algún momento, pero, lejos de lo que señala el sentido común, estas prácticas no están presentes en la mayoría de los casos, ni constituyen un modo de vida determinado. Por el contrario, las prácticas que se señalan desde la opinión pública (disturbios en la vía pública, agresiones, hurtos, etc.) no son las más comunes entre las personas que conocí en estos dos años, y los casos que se presentan en los relatos, corresponden a otras etapas de la vida de estas personas y fueron previas a la llegada a la calle o el motivo por el cual dejaron de estar en esta situación (aunque haya sido temporalmente).

Cabe aclarar en este punto que sí bien existe un número de personas que se encuadran en los estigmas que el sentido común arroja sobre las personas en situación de calle – que no quieren trabajar por comodidad, que provienen de contextos que estructuralmente desfavorecen su trayectoria, que tienen prácticas ilegales –, como sucede con la mayoría de los estigmas sociales, no corresponde a la realidad de la mayoría de los casos sino a una minoría, y en estos casos excepcionales se explica por las violencias institucionales que han sufrido en sus trayectorias de vida.

Para Albano, Castelli, Martínez y Rossal (2016), son las violencias institucionales que aparecen en las trayectorias de estas personas las que consolidan los estigmas (ALBANO et al., 2016, p. 113; FRAIMAN; ROSSAL, 2011) y además señalan que

No sólo el paso por el sistema carcelario, sino también por instituciones de amparo de la infancia, el haber sido detenidos cotidianamente por la policía, aunque no se hayan cometido delito, y el pasaje por los refugios para personas sin techo sirven a la consolidación de los estigmas, que, para el caso uruguayo, se emblematizan con el término *pichi*.⁹ (ALBANO et al., 2016, p. 113)

Vemos como, tanto desde el sentido común como desde las instituciones como la policía, se presupone una relación entre la situación de calle y las prácticas delictivas. Esto está muy presente en los discursos de los grandes medios de comunicación, que manipulan esto dentro del juego político, y reproducen el estigma del *pichi*, que recae directamente sobre las personas en situación de calle. Como anécdota puedo mencionar que una mañana, al estar siendo discutido el asunto en un programa de televisión, y mientras mostraban imágenes de personas en Puerta de Entrada, algunos usuarios del refugio reaccionaron indignados por la manera en la que se representaban a las personas en situación de calle en la televisión. Uno de los comentarios más recurrentes durante el hecho fue “eso no somos nosotros”. Claramente la imagen con la que los medios masivos estaba representando a las personas en calle no se correspondía con la autoimagen de quienes estaban viviendo esa situación.

Otro presupuesto con el que me he encontrado durante este tiempo (generalmente al comentar que trabajaba con esta población) es la idea romántica de que quienes viven en la calle, en su mayoría, es porque eligen este modo de vida, libre de compromisos y obligaciones de la vida social. De entre los cientos de personas que tuve la oportunidad de conocer, fueron contados los casos en que esto sucedió. Uno de ellos fue Jean, un joven francés que dejó su trabajo en el área de marketing de una empresa multinacional y decidió irse a vivir (y a surfar) a Uruguay atraído por las políticas sociales que dieron renombre mundial a este país. Otro caso fue el de Javier, un joven ecuatoriano que viajaba de mochilero y que llegó al refugio porque le comentaron que allí tendría alojamiento y comida. En ambos casos su paso por el programa fue muy breve – apenas unos días – y salieron del mismo a la primera

⁹ Este término, *pichi*, fue utilizado para hacer referencia a indigentes hasta la década del 60, cuando la dictadura comenzó a torturar, primero a estos mismos indigentes como “práctica” de las técnicas de tortura impartidas por Don Mitrión en América Latina, y luego pasó a hacerse referencia a todos los presos políticos con el término *pichi* (ALBANO et al., 2016, p. 113).

oportunidad que se les presentó. En este sentido, una frase muy repetida y consensuada en las charlas y los encuentros fue “a nadie le gusta vivir así”, por lo cual no sería cierta esta noción sobre la situación de calle. Al menos en la ciudad y el contexto donde se desarrolló este trabajo.

5.2 LOS SUPUESTOS

Muchas de las personas que están en situación de calle son parte de una población que no accedió a los servicios públicos como salud, lo cual queda claro en el caso de quienes padecen psiquiátricamente o quienes presentan problemas de adicciones y no poseen redes de contención que favorezcan el ingreso y la permanencia en los diferentes sistemas de salud. Otro ejemplo es el de las personas que estuvieron privadas de libertad, o egresados de orfanatos, que salen a la calle sin tener ningún tipo de contención especial para la reinserción y acaban en esta situación. Por último, el caso de los adultos mayores que no acceden al mercado laboral por su edad y tampoco están en condiciones de jubilarse a través del sistema de previsión social es bastante común – aunque no la mayoría – y deja a muchas personas sin medios para solventarse.

Todos estos casos son considerados en las teorías que explican las causas del ingreso a la situación de calle (CIAPESSONI, 2009) y están contemplados en los dispositivos que atienden esta población (PASC, 2012). De alguna manera, Estado se hace cargo (aunque sin reconocerse explícitamente como partícipe) de las fallas que tiene el sistema al contener determinadas situaciones que llevan a la desvinculación social. En este sentido, se podría afirmar que en los refugios se encuentran los resultados negativos del resto de las políticas sociales, condensándose en un mismo dispositivo una población heterogénea, tanto por sus contextos como por sus problemáticas, lo cual dificulta la comprensión y la atención.

Desde el punto de vista institucional identificamos algunos supuestos que direccionan las políticas públicas y generan un desfase entre los dispositivos y las realidades existentes. Según las características con las cuales el MIDES describe a la población a ser atendida por el PASC, estas personas se conciben como

un grupo de población con fuertes carencias materiales y afectivas, factores éstos que resultan estructurantes e indispensables para el desarrollo de las aptitudes y capacidades de cada individuo. Las actividades diarias de sobre vivencia que realizan estas personas así como la inestabilidad en la que viven, no les permite mantener elementales hábitos cotidianos y mucho menos lograr establecer un proyecto claro para su vida, quedando encerrados en un espiral de desvinculación, pobreza y violencia, produciéndose además de la pérdida material, la pérdida del estatus moral, situación ésta de la que parece imposible salir sin un apoyo importante (PASC, 2011; p. 2).

Vemos como se presume que estas personas presentan una “carencia” que se traduce en la incapacidad de desarrollar aptitudes que les permitan lograr un proyecto de vida y, por lo tanto, deben ser “apoyados” para alcanzar cierta autonomía que les permita el desarrollo individual. Se supone entonces (de forma un poco paternalista) que no son capaces de sostener un proyecto de vida claro por sí mismos, por lo cual se les brinda, desde los dispositivos, herramientas para que alcancen esta nombrada autonomía.

En las narrativas de las personas se encuentran varios de los aspectos que son asumidos por el PASC, como la pérdida de “estatus moral”, pero también se presentan una variedad de otras características personales que lejos de ser una carencia son aptitudes claras que promueven una proyección personal y responden a estrategias de sobrevivencia dentro de las posibilidades que se les presentan. Con esto me refiero a que, si bien el programa está basado en el supuesto de que las personas que se acercan a utilizar el servicio no son capaces de resolver problemas prácticos del estilo de vida medio o socialmente esperado, estas personas no están limitadas para resolver estas situaciones desde el punto de vista personal, sino que, por el contrario, se presentan varias e ingeniosas formas de resolver situaciones de forma práctica y buscando la sobrevivencia cotidiana. Esto tampoco significa que siempre se aspire al logro de una independencia económica, autonomía y otras aspiraciones sociales, sino que las capacidades e inteligencias son empleadas para la resolución de problemas emergentes, con poca capacidad de proyección. Al ser cuestionados sobre las expectativas de futuro y las formas de lograr esas expectativas, muchas personas respondían bien con una respuesta muy pesimista o con estrategias de corto plazo, sin alcanzar una proyección de largo alcance.

En varios casos se reconoce el pasaje por la situación de calle y por

el programa como estrategia para el logro de objetivos diferentes a los que se proponen y esperan los dispositivos estatales. Para varios de los entrevistados el dormir, comer y ducharse dentro de los refugios no está fuera de las expectativas personales de vida y representa una oportunidad para realizar otro tipo de actividades sin las responsabilidades que se asocian a la autonomía y el desarrollo individual. De todas formas, esta “institucionalización” en ningún caso es un fin en sí mismo – por lo que mencionaba anteriormente en cuanto a que “nadie quiere vivir así” – sino que se expresa como una estrategia temporal para alcanzar objetivos que no siempre coinciden con los que el programa espera.

Otro de los supuestos que se visualizan tanto desde la perspectiva del Estado como de una perspectiva académica, es el que refiere al aislamiento social. En la literatura local que refiere a la temática (RIAL, 2007; CIAPESSONI, 2009; FRAIMAN; ROSSAL. 2009) y en los documentos que fundamentan el programa (PASC, 2012; 2016) se reconoce a la persona en situación de calle como alguien completamente desvinculado socialmente, tanto de su familia como del resto de los actores sociales. Esto es notoriamente contrario a lo que se observó en las narrativas de vida y en las prácticas de estas personas. Si bien vimos que en la mayoría de los casos existen rupturas de vínculos familiares y/o de afinidad, están presentes otras formas de vínculo que, por más periféricas o frágiles que parezcan, están dadas en forma de red y son los espacios donde las personas interactúan y generan vínculos dentro de un circuito personal, el cual muchas veces trasciende las redes comunes de las personas en situación de calle y se intersecta con otras redes sociales donde participan sin problemas.

Este es el caso de varias personas que, a pesar de estar en situación de calle, consiguen sostener estudios en instituciones de enseñanza, generando vínculos y redes que amplían su circuito (esto es claro en el caso de Carlos, pero existen varios en esta situación); otros mantienen relaciones laborales formales; otros continúan un vínculo con sus familias de forma “normal” – incluso ocultando su situación de calle a sus familiares por vergüenza o para no incomodar – o generan nuevas relaciones con los vecinos donde desarrollan sus actividades diarias.

Todos estos casos demuestran que mantienen la capacidad de

establecer vínculos y de generar o retomar redes que les permiten una entrada y salida de la situación de calle (permanentes o temporarias) y que son uno de los capitales que se reconocen a sí mismos y que pretenden fortalecer. Este punto es fundamental para comprender la dificultad que Ciapessoni (2009) señala en cuanto a la definición de la población en situación de calle, ya que la definición más acotada del fenómeno se refiere estrictamente a la falta de vivienda y una perspectiva más amplia se enfoca en la problemática de la “exclusión” social.

En este sentido vemos que estos “excluidos” pueden entenderse desde la categoría de *desafiliados* planteada por Castel (1997), quien aporta el cambio del término exclusión social por el de desafiliación, ya que el concepto de exclusión ubica a las personas en zonas estáticas y el de desafiliación hace hincapié en el proceso que lo empuja hacia la situación de vulnerabilidad. Pretende comprender cuales son los mecanismos por los cuales se llega a la vulnerabilidad extrema. Esto depende de varios factores dentro de los cuales se inscribe el económico, sí, pero las características culturales específicas, las oportunidades socio-económicas, las situaciones personales o hasta las convicciones ideológicas, hacen que la supuesta “carencia” dependa de otros aspectos como, por ejemplo, el de la pertenencia.

Estas características que he denominado aquí de “supuestos” se presentan en las justificativas de los programas del Estado y tienden a dificultar la visualización de los distintos perfiles, lo cual perjudica la elaboración de intervenciones particularizadas que contribuyan a la salida de las diversas situaciones existentes. Las presunciones de pereza, de adicciones, de conductas delictivas, de desafiliación social, de falta de capacidades y de autonomía, son notorias en los enfoques que los equipos de trabajo dentro de los refugios tienen para la población que atienden. Tanto en mi experiencia personal como educador, como a partir de los relatos de los usuarios, pude observar como las normas y prácticas de los refugios

perjudica o disminuye [su] capacidad para participar plenamente en las comunidades en que viven y con ello ven reducidas sus posibilidades de satisfacción de sus derechos sustantivos (Sojo: 2006: 17).

Las nociones y conceptualizaciones que se tienen desde estos dispositivos, hacen que muchas veces se perjudique a la persona ya que los

dispositivos están diseñados para atender a una población con las características antes mencionadas y de una manera relativamente homogénea. Esto conlleva que las personas que no se encuadran dentro de estas expectativas de la situación de calle sean intervenidas en aspectos que no representan problemas para esta persona y se desatiendan otros que son los que realmente están dificultando su desarrollo. Un caso que sirve de ejemplo de esto es la imposibilidad de faltar al refugio por varios días, con lo cual se coarta la posibilidad de recomponer relaciones familiares, o de trabajos circunstanciales que pueden mejorar la situación económica de las personas o significar la salida del programa. Esto se justifica desde los equipos de trabajo (y a veces es avalado por los supervisores del MIDES) desde una presunción de engaño de quienes solicitan salir o ausentarse por algún tiempo pero que no quieren perder su lugar en el programa. Esta es una de las razones por las que muchas de las personas que se encuentran en calle no quieren hacer uso de los refugios, ya que se les limitan las posibilidades de desarrollar actividades que les proporcionan sustento o pertenencia social.

5.3 LOS ESTOS

¿Pero quiénes son, entonces, éstos a los que nos referimos? Vimos cómo una tipología básica describe algunas diferencias entre dos grandes grupos de personas en situación de calle (sin vivienda y excluidos), pero además de ello se reconocen varias otras características por las cuales pueden ser clasificados: origen social, edades, género, nivel educativo, etc. Si bien estas categorizaciones pueden y son útiles desde el punto de vista *etic*, nos concentraremos en una descripción de las características comunes encontradas en las narrativas de vida.

Esta tarea representa una dificultad muy grande debido a la complejidad que presenta el fenómeno, desde el punto de vista de los contextos, las causas, las prácticas, las autopercepciones, etc. lo que nos presenta una población heterogénea por múltiples lados. Pero a pesar de ello podemos encontrar algunos rasgos comunes que sirvan a la comprensión del fenómeno.

El primero de ellos es el que parece más obvio: la ausencia de

vivienda. Todas las personas que conocí tienen la dificultad de alcanzar un lugar para pernoctar, que no sea la vía pública de manera que, si no asisten a los refugios deben dormir en la intemperie. En este sentido, por más de que muchos de ellos sean propietarios de inmuebles, no tienen acceso a una casa o habitación donde dormir y realizar otras tareas del hogar. El concepto de hogar es muchas veces referenciado por las personas, pero siempre desde la ausencia y la imposibilidad en su vida actual.

Otra característica que se observa es que los procesos de llegada a la situación de calle son dinámicos que no solo dependen de los factores estructurales de las personas, sino que son desdoblamientos de los acontecimientos de sus trayectorias de vida. Dentro de la población estudiada encontramos personas que no poseían factores estructurales que le impulsaran a tal situación de vulnerabilidad social, pero asimismo se encuentran en situación de calle. Las razones son de lo más variadas pero todas responden a un acontecimiento puntual y personal que desata la “caída” en calle. Aquí debemos retomar los dos tipos de enfoques que Ciapessoni desarrolla (2009). Por un lado, describe enfoques que se concentran en los “defectos personales”, y por otro lado los enfoques que pretenden comprender el fenómeno desde “fuerzas estructurales” (CIAPESSONI, 2009; p.107). Acertadamente señala que no deben ser tomados como excluyentes estas perspectivas, sino que debe ser complementarias para la comprensión del fenómeno.

En este caso tenemos una combinación de estos varios factores y resulta muy compleja la tarea de establecer variables comunes en la gran diversidad de causas, tanto estructurales como personales, que se presentan en los relatos. De todas maneras, una característica común es que, en todos los casos, más allá de que tuvieran factores de riesgo o no, hay un acontecimiento relatado que explica para la persona – cual si fuera un mito de origen de sí mismo – la causa de la llegada a la situación de calle. En este sentido, encontré una recurrente autoacusación a la hora de describir las causas. En la mayoría de los casos no se encontraban “culpas” fuera de las propias decisiones que la persona tomó en su trayectoria.

Por otro lado, tal como fue mencionado anteriormente, no existieron discursos de corte romántico que justificaran una decisión de vivir en la calle. El perfil *bohémio* de quien está en la calle que tanto se reproduce en los lugares comunes de

la sociedad, no corresponde en lo más mínimo a los relatos de las personas con quienes interactué estos dos años. Lejos de eso, una característica común que si es evidente es que ninguna de estas personas decidió esta situación para su vida y si se les plantea la posibilidad de una vida diferente, la desean. Esto es entendible si consideramos que los complejos de sentidos con los cuales cargan y los significados que le dan a la situación están comprendidos dentro de la cultura occidental, la cual propone un modo de vida idealizado que no se corresponde con las carencias y dificultades que se encuentran en la vida de la calle.

Otra característica que se desdobra de lo anterior es la frustración. Está presente en todos los relatos la incapacidad de alcanzar estas “obligaciones” de “ser” algo o alguien. En las narrativas de vida se encuentran relatos de derrumbamiento, de decline de sus propias existencias y de cómo fue haciéndose cada vez más “imposible” acceder a determinados valores de la cultura occidental – familia, trabajo, bienes materiales, etc. También fue observado en el cotidiano dentro de los refugios como los procesos personales están marcados por la dificultad de acceso a los objetivos planteados, indistintamente de cuales sean éstos. La frustración es un aspecto que engloba a todos con quienes he compartido varios momentos y es una característica que, con el tiempo, pasa a perder intensidad para transformarse en resignación.

En este sentido se dificulta atravesar el proceso de salida de esta situación a partir de la propia situación. Con esto no hago referencia a la noción de “espiral descendente” que intenta explicar la cronicidad, porque, tal como Ciapessoni (2014) señala, en la experiencia empírica se comprueba que no todas las personas que atraviesan esta situación acaba en la cronicidad. Sin embargo, se reconoce que una de las principales características encontradas es la dificultad para afrontar la situación.

Otra característica que comparte esta población es que, a pesar de encontrarse en los márgenes de la sociedad, no se reconocen como una clase o un grupo social que pueda articularse políticamente en contraposición al régimen hegemónico – recordando las líneas de fuga deleuzianas (DELEUZE, 2004) –, sino que tanto la diversidad de orígenes y situaciones, la resignación y la débil relación entre ellos genera una disgregación que no permite una postura y reivindicación

conjunta frente a las dificultades comunes. Robert Castel (1997) plantea que estas poblaciones desafiadas son parte del entramado social pero no llegar a ser actores sociales – en el sentido más estricto de lo político.

Por último, pero no menos importante, existen interacciones sociales de diversas formas, por lo cual no estarían absolutamente desafiadas como plantean varios estudios de la temática, sino que se encuentran en una oscilación de entrada y salida a las diferentes dimensiones sociales de la ciudad, participando de manera activa en varios ámbitos (laborales, de enseñanza, culturales, etc.) y fluctuando entre el margen y el “centro”.

6. CONSIDERACIONES FINALES

Hemos recorrido varios aspectos del fenómeno y la experiencia de la situación de calle en la ciudad de Montevideo pretendiendo describir de la forma más concreta la información recabada durante los dos años de investigación etnográfica, con la intención de comprender las varias aristas que presenta el fenómeno y cómo se ensamblan los diferentes actores y sujetos dentro de este contexto.

Vimos cómo desde el origen y el desdoblamiento de las nociones occidentales de el vagabundo, el mendigo, quienes viven en la calle han sido caracterizados históricamente por determinados atributos como la locura, la incapacidad de sociabilizar, la falta de higiene, el consumo de sustancias, la reticencia al trabajo, el engaño; los cuales fueron configurando un estigma que se trasladó hasta nuestros días de diferentes formas – especialmente en las producciones artísticas –, estableciendo un lugar *afuera* para esta nueva figura *ajena* al conjunto social “civilizado”.

Recorrimos históricamente las características que el fenómeno presentó en Uruguay durante el siglo XX, profundizando en las últimas décadas, cuando la atención a las personas en situación de calles pasa de estar en manos de instituciones religiosas a la órbita del Estado. En este proceso se reconocen la creación de instituciones como el MIDES y uno de sus programas especialmente dedicado a atender a esta población: el PASC. Este programa presenta los datos actualizados de las personas en situación de calle y las principales características que el Ministerio reconoce de entre la población censada. Partiendo de estos datos deducimos que la población en situación de calle en Montevideo actualmente es mayoritariamente masculina, de entre 30 y 50 años, y concentrada principalmente en los refugios y con una alta densidad en las zonas céntricas de la ciudad.

Desde el punto de vista académico, las principales referencias en la temática a nivel global y local han atravesado grandes cambios en cuanto a los enfoques y conceptualizaciones, dando como resultado una multiplicidad de referencias y conceptos que, si bien en un principio pretendían englobar una población que se suponía homogénea, con el paso de los años y a medida que fueron

apareciendo estudios sobre el tema, fue diversificando las categorías y comprendiendo la heterogeneidad de la población y lo pluricausal del fenómeno. Esto no hace otra cosa que comprobar la complejidad que el asunto presenta tanto para las instituciones como para las diferentes disciplinas que han abordado la temática. En este sentido, si bien ha sido abordado por varias disciplinas en este país, existe una escasa producción académica sobre el asunto. Asimismo, todas apuntan que este fenómeno es de carácter pluricausal y circunstancial, no definitivo, y que se produce por una combinación entre las dimensiones estructurales y particulares de las trayectorias de las personas, que desembocan en la situación (transitoria o no) de tener que vivir en la calle.

A través del trabajo etnográfico es posible observar y reconocer aspectos cualitativos del fenómeno que son esquivos a las investigaciones cuantitativas que el Estado ha realizado hasta ahora. En este sentido la aproximación etnográfica permitió experimentar en el cuerpo del investigador las diversas instancias y situaciones a las que se enfrentan las personas que transcurren a lo largo de todo un *ensamblaje* que define la situación de calle en Montevideo. A su vez, la proximidad y la intersubjetividad practicada entre mis interlocutores y yo durante el cotidiano en el refugio y en la calle, permitió acceder a un lugar de privilegio para la observación y la experiencia personal. Desde allí se pudo recabar las narrativas de vida que nos proporcionan no solo datos históricos de las biografías de las personas que están en situación de calle, sino las formas y concepciones émicas sobre su situación, las cuales están implícitas en estos relatos y prácticas.

Como principales observaciones encontramos que las nociones e imaginarios que el sentido común nos presenta sobre estas personas, sus condiciones y sus prácticas, no se corresponden con las realidades observadas y vividas. Por un lado, comprobamos que no necesariamente quienes presentan un contexto de origen favorable están libres de pasar por la situación de calle, o, de modo inverso, pero con igual sentido, no todos quienes provienen de contextos desfavorables necesariamente son vulnerables a caer en esta situación; aunque esto no significa que los factores de riesgo no contribuyan. Por otro lado, se comprendió que en ningún caso la situación de calle es una elección de un modo de vida “bohemio”, “libre” o “sin problemas” y que la mayoría de las personas tampoco presentan un rechazo o falta de voluntad para el

trabajo, sino que, por el contrario, existe una preocupación constante por trabajar y se concibe al trabajo (formal o informal) como una forma válida y loable de obtener sustento. También que las dificultades son mayores en su situación y con los sucesivos fracasos han generado un desgano en la mayoría de las personas.

En este sentido, los vínculos sociales y los diversos ámbitos de interacción que atraviesan las personas en situación de calle están en un constante dinamismo y no en una anulación completa como se propone desde las teorías más contemporáneas sobre el tema y por ello, estos recorridos sociales, los trasladan de la periferia al centro cotidianamente.

Aquí surge una de las principales cuestiones que aún quedan sin comprender y que pueden ser tomadas para futuros trabajos que se aproximen a esta población desde una perspectiva cualitativa y desprejuiciada, y es en relación a cuáles son los cambios en la subjetividad luego de las rupturas que lo llevan a la situación de calle y como estos cambios permiten o bloquean la pertenencia y la interacción dentro del conjunto social.

Queda pendiente también un análisis más profundo de las abundantes variables cualitativas – contextuales, emocionales, socio-económicas, culturales, etc. – que configuran la complejidad del fenómeno, lo cual aún lo hace un asunto de difícil definición y aún más difícil la atención a las necesidades específicas que estas personas presentan.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ALBANO, Giancarlo, et al. **Violencias institucionales y reproducción de estigmas en usuarios de cocaínas fumables de Montevideo**. Revista Psicología em Pesquisa, 2016, vol. 9, no 2.

BANCO DE PREVISIÓN SOCIAL. **Comentarios de Seguridad Social Nº 39. Enero, Febrero, Marzo. 2013.** Disponible en http://revocacionopcionesafap.bps.gub.uy/bps/file/6372/1/publicacion_39_-_2013.pdf

BARRÁN, José Pedro. **Historia de la sensibilidad en el Uruguay. Tomo 1. La cultura "bárbara" (1800- 1860)**. Montevideo: Ediciones de La Banda Oriental, 1996. 272 p.

BECKER, Howard, **Los extraños**. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo, 1971. p. 13 – 45.

BOURDIEU, Pierre. **La dominación masculina**. Barcelona: Ed. Anagrama, 2000.

CAMEJO, Soledad. et al. **Situación de calle y ley de faltas: Continuidades y rupturas en las políticas de abordaje a las personas en situación de calle, a partir de la aprobación e implementación de la Ley de Faltas**. Trabajo presentado en las XIII Jornadas de Investigación de la Facultad de Ciencias Sociales, UdelaR, Montevideo, 15-17 de setiembre de 2014

CASTEL, Robert. **Metamorfosis de La Cuestión Social**. Buenos Aires: Paidós, 1997.

CIAPESSONI, Fiorella. **Hombres que quedaron en la calle: un acercamiento a las bases que fundamentan su realidad**. Tesis de Grado – Licenciatura en Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Udelar, Montevideo, 2006

_____ De Refugios y calle: la construcción de identidad en hombres sin domicilio. In: MARTINO, Mónica de; MORÁS, Luis E. (Org.). **Sobre cercanías y distancias: Problemáticas vinculadas a la fragmentación social en el Uruguay actual**. Montevideo: Cruz del Sur, 2007. p. 139-156.

_____ Ajustes y desajustes: debates conceptuales sobre las poblaciones "sin domicilio". In: DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA-FCS-UDELAR (Uruguay) (Ed.). **El Uruguay desde la Sociología VII**. Montevideo: Udelar, 2009. p. 103-120.

_____ **Recorridos y desplazamientos de personas que habitan refugios nocturnos**. Tesis de maestría. Universidad de la Republica (Uruguay). Facultad de Ciencias Sociales. Departamento de Sociología, 2013.

_____ **Informe: Situación de calle desde una perspectiva de género y el trabajo de atención directa**. Revista La Diaria, febrero de 2014. Disponible en: http://ladiaria.com.uy/media/attachments/Informe_mujeres_Fiorella_Ciapessoni_1.pdf

DAVYT, Fabiana; RIAL, Virginia. (2005) **Vivir la calle. Aporte antropológico acerca de las dinámicas y redes de los `sin hogar`**. In: Romero, Sonia. (comp.) Anuario Antropología Social y Cultural en Uruguay. 2004 – 2005. Montevideo: Nordan – Comunidad, pp. 165 –172.

DELEUZE, Gilles; GUATTARI, Pierre Felix; PÉREZ, José Vázquez. **Mil mesetas**. Valencia: Pre-textos, 2004.

ECKERT, Cornelia; ROCHA, Ana Luiza Carvalho. **Etnografia da duração**. Porto Alegre: UFRGS, 2013.

ELIAS, Norbert, **Os estabelecidos e os outsiders**. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Ed., 2000.

FRAIMAN, Ricardo; ROSSAL, Marcelo. **Si tocás pito te dan cumbia. Esbozo antropológico de la violencia en Montevideo**. Montevideo: Ministerio del Interior–PNUD–AECID, 2009.

_____ **De Calles, Trancas Y Botones: Una Etnografía Sobre Violencia Solidaridad Y Pobreza Urbana**. Montevideo: Ministerio del Interior, 2011.

GALIZIA, Veronica; ARNAUD, Maximiliano; GOMEZ, Juan Carlos. **Sistematización y construcción de estrategias y herramientas para la inclusión social de personas en situación de calle**. Montevideo: Facultad de Psicología, UDELAR, 2013

GEERTZ, Clifford. **A interpretação das culturas**. Rio de Janeiro: Zahar, 1978.

GUERRA, Pablo. **Iglesia Católica y Tercer Sector en Uruguay: Avances para una comprensión histórico–sociológica de su acción social**. III Encuentro de la Red Latinoamericana y del Caribe de ISTR, Buenos Aires, 2001.

KOEGEL, Paul. **La perspectiva antropológica como enfoque diferente de los enfermos sin hogar**. En: Intervención Psicosocial, Vol. 7, Nº 1. 1998: pp. 27-46.

LEMAS GONNET, Leticia. **La configuración urbana capitalista en la generación de procesos crecientes de segregación residencial**. Tesis (Trabajo Social)- Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, Montevideo, setiembre 2005.

LEWIS, Oscar; KAROL, K. S.; FUENTES, Carlos. **La cultura de la pobreza**. Barcelona: Anagrama, 1972.

MAGNANI, José Guilherme Cantor. **No meio da trama: A antropologia urbana e os desafios da cidade contemporânea**. Sociologia, Problemas e Práticas, Oeiras, n. 60, p. 69-80, maio 2009. Disponível em <http://www.scielo.mec.pt/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0873-65292009000200005&lng=pt&nrm=iso>. acessos em 09 nov. 2016.

MARX, Karl; ENGELS, Friedrich. **Manifiesto comunista**. São Paulo: Boitempo Editorial, 2015.

MAUSS, Marcel; LÉVI-STRAUSS, Claude. **Sociología y antropología**. Madrid: Tecnos, 1971.

MIDES. **LLAMADO A ORGANIZACIONES DE LA SOCIEDAD CIVIL (OSC) Y/O COOPERATIVAS DE TRABAJO PARA PRESENTAR PROPUESTAS DE TRABAJO PARA LA GESTIÓN DE CENTROS DE ATENCIÓN EN LA CIUDAD DE MONTEVIDEO E INTERIOR EN EL MARCO DEL PROGRAMA CALLE LICITACIÓN PÚBLICA Nº 40/2016**. Montevideo: 2016. Disponible en: https://www.comprasestatales.gub.uy/Pliegos/pliego_542873.pdf

ROEL, Ignacio Antonio. **El mercado de la vivienda en los circuitos de la economía urbana: el caso particular de la ciudad de Montevideo**. Foz do Iguazu: UNILA, 2015.

RODRIGUEZ GILES, Ana Inés. **La estigmatización de los mendigos en El Buscón: Similitudes con la persecución de otros grupos marginados**. Olivar, La Plata, v. 12, n. 15, p. 151-172, jun. 2011. Disponible en <http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1852-44782011000100008&lng=es&nrm=iso>. accedido en 12 nov. 2016.

_____ **La estigmatización de los mendigos en el Siglo de oro. Análisis de Guzmán de Alfarache (1599)**. En *Anales de historia antigua, medieval y moderna*. Instituto de Historia Antigua y Medieval, Buenos Aires 2011. p. 191-210.

RIAL, Virginia; RODRÍGUEZ, Eloísa; VOMERO, Fabricio. **Varones jóvenes en situación de calle**. In: Sonia Romero Gorski (Comp. y Edit.) *Anuario de Antropología Social y Cultural en Uruguay*. Departamento de Antropología Social - FHCE – UdelaR, 2007

SAHLINS, Marshall. **Islas de Historia. La muerte del Capitán Cook. Metáfora, antropología e Historia**. Barcelona: Gedisa, 1988.

SOJO, Carlos. **Pobreza, exclusión social y desarrollo: visiones y aplicaciones en América Latina**. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 2006.

SUAREZ, Hector et al. **FISURAS. Dos estudios sobre pasta base de cocaína en el Uruguay. Aproximaciones cuantitativas y etnográficas**. Montevideo: Unidad de Medios Técnicos Ediciones y Comunicación, Udelar; 2014.

VELHO, Gilberto. **Antropologia Urbana: Encontro de tradições e novas perspectivas**. *Sociologia, Problemas e Práticas*, Oeiras, n. 59, p. 11-18, jan. 2009. Disponível em <http://www.scielo.mec.pt/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0873-65292009000100002&lng=pt&nrm=iso>. acessos em 09 nov. 2016.

WACQUANT, Loïc. **Los condenados de la ciudad: gueto, periferias y Estado**. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2007

_____ **Parias urbanos**. Buenos Aires: Manantial, 2001.

WHYTE, William F. **La sociedad de las esquinas**. México: Diana, 1971.

Filmografía:

HANDLER, Mario. **Carlos: cine-retrato de un “caminante” en Montevideo**. 1965.
(31 min)